

# El «Imperio» como fantasía y deseo de las globalizaciones

Juan Manuel IRANZO

Universidad Pública de Navarra  
juanmairanzo@terra.es

«Precisamente la detallada descripción... de la organización social de la desgracia, programada por los errores de la historia continuamente arrastrados y continuamente potenciados, contiene la conjetura de que una comprensión exacta de las catástrofes que sin cesar organizamos es el primer paso para una organización social de la felicidad.»

W.G. Sebald. *Sobre la historia natural de la destrucción*, pág. 73.

## RESUMEN

«Imperio» es una metáfora convertida en moda intelectual por el interés de la obra homónima de Hardt y Negri y por el agresivo imperialismo de EE.UU. bajo G.W. Bush. Su plausibilidad deriva de la crisis del Estado, la expansión de los mercados globales desregulados y el conflicto entre agentes alternativos por la gestión colectiva de problemas globales. El «imperio» es una fantasía o deseo con potencial performativo que encubre la disputa por la creación y control de un regulador keynesiano, monetario y fiscal, y otros instrumentos de gobierno, a escala global, entre la oligarquía corporativa-financiera global, la ONU y el Movimiento por Otra Globalización. El conflicto entre estos actores puede analizarse a nivel político o geoestratégico, a nivel económico o de clases, o al nivel social de los movimientos colectivos, pero lo que podría estar en disputa es la unificación normativa global bajo una misma Ley moral.

**Palabras clave:** Metáfora, imperio, globalización, política exterior estadounidense, plutocracia, Naciones Unidas, Movimiento por Otra Globalización, regulación keynesiana global, ley moral mundial.

## “Empire” as Globalizations’ fantasy and lust

### ABSTRACT

«Empire» is a metaphor become an intellectual fad due to the success of Hardt & Negri’s book and to the aggressive imperialism of the USA under G.W. Bush. Its plausibility comes from the crisis of the State, the expansion of deregulated global markets, and the struggle between several social actors to lead collective management of global problems. Thus «empire» is a potentially performative wish or fantasy which veils the struggle among the global corporate-financial oligarchy, the UN, and the «Other World is Possible» Movement, to create and control keynesian monetary and tax regulating institutions, etc., at world scale. This conflict can be analysed at political-geostrategic level, at economic or class level, and at civil society or social movements level. What might actually be at issue is global normative unification under one single moral Law.

**Key words:** Metaphor, empire, globalization, USA foreign policy, plutocracy, United Nations, Another World is Possible social movement, global Keynesian regulation, world moral law.

**SUMARIO:** Introducción. 1. Imperio: metáfora. 2. Imperio: oportunidad. 3. Imperio: emergente/decadente. 4. Imperio: el tipo ideal y los EE.UU. 5. Imperio: el ascenso estadounidense. 6. Imperio: la plutocracia global y otros aspirantes. 7. Conclusión: geopolítica, capitalismo, democracia e imperio.

## INTRODUCCIÓN

Los mayores movimientos de renovación intelectual de la historia de Occidente van unidos al proceso de crecimiento y desarrollo del Estado (Wuthnow 1989, Collins 1999). La Reforma, la Ilustración o el socialismo europeo se enraízan, respectivamente, en la construcción del Estado dinástico tardomedieval y renacentista, el Estado burocrático moderno y el Estado Constitucional. Empresas reflexivas actuales, para juzgar cuyo calado falta aún perspectiva histórica, podrían relacionarse también con cambios, duraderos o coyunturales, del despliegue o repliegue del Estado. El debate sobre la «globalización», que del medio académico (Albrow y King 1990) ha pasado a la prensa periódica y a ser lema de movilización política —institucional y contestataria—, va unido a las transformación del Estado ocurrida desde los años setenta.

En este *milieu* de antagonismos sobre la globalización ha brotado en el último lustro una pequeña moda, el tema del «Imperio». La ocasión provino, primero por separado, luego en sinergia, de dos sucesos dispares: uno, la aparición de *Imperio* (Hardt y Negri 2000), una obra híbrida de marxismo y posmodernismo que interpreta el presente como la autopoiesis de una nueva forma política de alcance global en simbiosis con incipientes fuerzas de contestación emancipatorias también mundiales; otro, el unilateralismo y el belicismo del gobierno de EE.UU. bajo la presidencia de G.W. Bush, que ha reavivado el viejo cargo, contra las élites de ese país, de pretender crear y regir alguna forma de gobierno imperial mundial. Ambas tesis parecen plausibles.

De un lado, la revolución informática y de las telecomunicaciones permite coordinar casi al instante decisiones y acciones financieras, productivas o políticas de numerosos agentes dispersos por el globo. Inversores «sin fronteras», firmas transnacionales, organismos intergubernamentales y ONGs metanacionales coinciden en que problemas como la seguridad física o alimentaria, la distribución del empleo y la riqueza, las reglas del crédito y el comercio, o la insostenibilidad ecológica de nuestro modo de producir y consumir deben considerarse y gestionarse a nivel de toda la Humanidad. Esto suscita cuestiones como si se acerca la institucionalización de algo así como un *gobierno mundial*, si esto sería conveniente, si podría esperarse o lograrse que fuese democrático.

De otro lado, el gobierno de EE.UU., ya antes del 11/09/2001, pero con implacable determinación después, ha usado toda su capacidad de persuasión moral, compensación económica, desinformación, presión, intimidación, agresión y represalia para anteponer al interés general de la Humanidad su muy escuetamente definido «interés nacional»: inmunidad frente al terrorismo mediante una indiscutible superioridad militar mundial, mercado libre global (en los sectores que convenga) para financiar el sobre-rearme, e impunidad de sus agentes ante la ley internacional cualesquiera que sean los medios que usen para lograr sus fines. De este retroceso del modelo constitucional lockeano de EE.UU. a formas hobbesianas de dominio nacional y mundial, surge la sombra de un *Leviatán* global, invulnerable, rapaz y al margen de la ley.

Ahora bien, al margen de la consistencia ideológica de los argumentos y las injusticias de las potencias, se aprecia que *el imperio no existe* (o *todavía* no). Es una *fantasía* engendrada por el temor casi universal a las transformaciones globales en curso y un *sueño* nacido del deseo de poder de grupos y redes sociales que se reputan económica, política, técnica y/o intelectualmente capacitados para desempeñar los más altos puestos de la gobernanza global.

## 1. IMPERIO: METÁFORA

Hoy ningún Estado se titula «Imperio». Los pequeños enclaves autónomos ultramarinos de algunos países no lo justifican. De otro lado, toda compañía o país que exporta capital busca maximizar las contrapartidas del receptor de inversión o ayuda, y espera que su gobierno promueva y defienda sus intereses ante el gobierno huésped. Esto es *neo-imperialismo* si la diferencia de poder entre las partes es tal que los deseos de una son órdenes para la otra. Estas asimetrías y los modos de reforzarlas o reducirlas son el *habitus* de las relaciones internacionales. Por eso, el uso de la voz «Imperio» en los recientes debates sobre la globalización o la política exterior de EE.UU., sólo puede ser *metafórico*.

No hay metáforas inocuas. En vísperas de la primera Guerra del Golfo, G. Lakoff (1991) denunció cómo se la justificaba con tres falacias retóricas: (i) *Antropomorfizar la Nación*: un país es un actor racional que intenta maximizar su sa-

lud (poder militar) y su bienestar (economía); su líder deviene metonimia del país; (ii) *El cuento de hadas*: un villano irracional (Saddam/Irak) abusa de su inocente víctima (una falsa refugiada narra falsos horrores) a la que salva un héroe desinteresado (el mundo libre acaudillado por EE.UU.); (iii) *La política como negocio*: intercambios —bélicos o no— donde se *apuesta* en función de riesgos *calculables*, y se gana o se pierde. Así se moldeó el imaginario internacional, definiendo el caso como el drama de una *guerra justa y necesaria* para liberar un país oprimido.

Otras retóricas plausibles se obviaron: definir la guerra como *crimen en masa* o *juego* competitivo; advertir la incierta frontera trazada en la descolonización y el retrógrado régimen kuwaití; calificar el aumento de reservas de crudo así obtenidas por Irak como una amenaza *potencial no inminente* para Occidente; admitir que Saddam sabía segura su derrota y negociaría compensar a Kuwait a cambio de retirarse con honor —su punto débil era el rencor nacido de la debilidad política de la nación árabe dividida; su fuerza, la ausencia de alternativa a su régimen: Irán o Siria desestabilizarían un Iraq desarmado, un gobierno títere sería inoperante, una ocupación suscitaría más rencor y terrorismo—. Todo esto se obvió porque, extinta la URSS, el gobierno de EE.UU. se auto-proclamó *sheriff* global (nadie objetó) y porque derrotar a Iraq sin deponer a Saddam *restablecía* el orden regional y daba aviso a navegantes (Arabia Saudí, Irán) del riesgo de alterarlo.

La Guerra del Golfo, y luego la crisis yugoslava, permitieron redefinir metafóricamente el derecho de guerra, legitimándola por «causas humanitarias». El tropo «Imperio» supura de otro

conflicto, la tercera crisis del Estado Moderno. (En la primera, el Antiguo Régimen dio paso al Estado-Nación liberal, que se enfrentó en la segunda a fascistas y socialistas, de donde nació el *Estado de Bienestar* del Norte y el *Estado de desarrollo* del Sur, ambos en crisis). Para los gestores neoliberales acérrimos («centro reformista») o moderados («tercera vía») de la crisis, se trata de optimizar la eficiencia económico-administrativa de un Estado del menor tamaño aceptable, no de imaginar alternativas. Pero los estudiosos buscan innovaciones llamativas para solucionar la crisis entre sus arquetipos no-estatales: la Anarquía, la Tribu, la Edad Media y el Imperio.

La anarquía se identifica menos con las pequeñas y efímeras comunidades asamblearias ácratas que con el caos violento que brota al hundirse un Estado. Es el *grado cero* de la política. La banda-tribu sería el *estado de naturaleza* pre-estatal, una forma premoderna, salvo porque muchos colapsos estatales recientes han derivado en guerras cuyos bandos enarbolan identidades étnicas: eficaz banderín de enganche en ausencia de Estado, pero no una explicación ni una alternativa a su crisis. Pero achacar la violencia al tribalismo permite tachar de marginales *a los países* en crisis y obviar factores incómodos como la expresión de diferencias de clase o regionales en términos étnicos, la financiación de milicias por transnacionales o el colapso económico y fiscal-militar del Estado por la deuda externa, planes de ajuste estructural errados y la indiferencia moral internacional<sup>1</sup>. Estados estables también han reducido su capacidad gubernativa con una redistribución de poder a favor de corporaciones privadas, con/sin ánimo de lucro, y de orga-

<sup>1</sup> Apoya esta interpretación Roméo Dallaire (2003), general al mando de la misión de paz de la ONU en Ruanda en 1994. Supo de los preparativos del genocidio con antelación, pero sus superiores le negaron refuerzos y permiso para toda acción *preventiva* que hubiese podido evitar o mitigar el desastre: 800.000 asesinatos en 100 días. (Tras los primeros ataques, la Fuerza de Supervisión de los Acuerdos de Paz de 1993 se redujo de 2.500 a 270 soldados. No se enviaron tropas hasta que el genocidio acabó y hubo un millón de refugiados en Zaire. Poco después, una tragedia *numéricamente* mucho menor, en Yugoslavia, recibió miles de tropas y millones de dólares). Dallaire lo explica así: «Nadie estaba interesado en venir, arriesgarse a tener víctimas y sufrir por ello la reacción de la opinión pública. Pero, sobre todo, nadie quería venir porque Ruanda no contaba. No tiene valor estratégico. «General, allí no hay nada excepto gente», me dijeron. Lo que significa, al menos según mi extrapolación: «Son negros, es *tribal*, siempre se han matado, déjeles que lo arreglen y nosotros recogeremos los restos»... Estados Unidos y Francia sabían lo que estaba pasando. No nos dieron la información para que pudiéramos reaccionar, dejaron muy claro que no iban a intervenir y tampoco ayudaron a nadie para que interviniera, todo por desinterés estratégico y completo desprecio por las vidas humanas africanas... Un funcionario estadounidense llegó a decirme que, según sus cálculos, hacían falta 85.000 vidas ruandesas para poder arriesgar la vida de uno de sus soldados.» (Coello 44, 50; *mi cursiva*) Y añade algo que debe recordarse cuando, más abajo, evalúe el rol de la ONU en la globalización: «Las naciones poderosas no quieren una ONU fuerte, independiente, sino un chivo expiatorio débil a quien puedan culpar de sus fracasos y beneficiarse de sus triunfos.» (*ibid.* 46).

nismos supra/sub-estatales. Esta descentralización hace temer que el sistema se degrade en otra Edad Media o se concentre bajo un Imperio. El discurso imperial está en boga, en parte, por el fracaso del discurso medieval, pese a —o por— su estrecha conexión.

La tesis de una *Nueva Edad Media* (Eco *et al.* 1973, Minc 1993) adapta a la coyuntura histórica sus cuatro tópicos: (i) Crisis económica: en 1973, junto al paro, la inflación y el estancamiento se temía el aumento exponencial de los costes organizativos del Estado y las grandes firmas, miedo conjurado por la revolución técnica que trajo la *producción ligera*, la *empresa virtual* y el *estado mínimo*, pero en 1993 aún había paro, crecimiento lento y temor a la inflación, como hoy; (ii) Crisis de seguridad por derrota (Vietnam) o inhibición (recortes en Defensa de Clinton) de la Potencia Protectora; (iii) Caos intelectual, barbarie irracionalista: contracultura, droga, orientalismos, reivindicaciones obreras y estudiantiles, terrorismo rojo en 1973; posmodernismo, ecologismo radical, irredentismo nacionalista —aún no islamismo— en 1993; (iv) privatización de la seguridad —proliferación de *policías privadas* en zonas residenciales, centros comerciales, sedes de la administración pública— y descentralización política —autonomía de la administración local y otras agencias públicas, al modo del sector privado—<sup>2</sup>. El mayor cambio en este registro en veinte años es que, frente a la crisis, en 1973 se apostaba por reforzar las solidaridades locales mientras que Minc ya apuntaba que, contra la crisis ecológica, las guerras regionales y las mafias globales el mundo necesita un imperio: «El imperio sigue siendo la única estructura que ha inventado la Historia para poner orden entre conjuntos confusos e imprecisos». (Minc 1993: 252)

Así, aunque hay rasgos del presente más afines al medievo que al Estado-Nación, el discurso medieval lleva al imperial y *viceversa*. Pue-

de creerse en un virtual imperio de EE.UU. y a la vez que: «El mundo se desintegra en una galaxia neomedieval difícil de explorar... Washington puede ser el centro de Occidente, pero Occidente no es el centro del mundo». (Mas de Xaxás 2003: 379-380) Se puede creer en un imperio plutocrático global y pedir un Imperio Civilizador que lo contrarreste: «La Humanidad se enfrenta al desafío de lograr una civilización de la ciudadanía, *república universal*... fundamentada en la igualdad en un mundo que tiende a retroceder a los estatutos de la Edad Media y en el que la cohesión social está minada por la oposición entre incluidos y excluidos». (Naïr 2003: 276) Aflora aquí el deseo de un imperio *fuerte y democrático* que nos salve del desorden *neomedieval*. Así retorna el *mito jánico* del imperio, pues en la imaginación colectiva hay un imperio *bueno* —unidad, paz, seguridad, prosperidad, derecho, justicia, cultura, moral, civilización— y un *mal* imperio —dictadura, militarismo, desigualdad, esclavitud, abuso fiscal, burocracia, corrupción, clientelismo, privilegio, consumo desquiciado, depravación moral y nihilismo—. Y si alguien pregunta por qué la crisis del Estado de Bienestar/Desarrollo no se piensa en términos de reforma o revolución sino de imperio hay que responder: *porque existe la oportunidad*.

## 2. IMPERIO: OPORTUNIDAD

Tras el fin de la URSS se supuso que todos los países del mundo convergerían voluntaria y voluntariosamente hacia una versión local del modelo económico, político, social y cultural de EE.UU. La globalización mercantil y financiera y la revolución en la informática y las telecomunicaciones contribuyeron a ello. Muchos fracasaron, otros ni lo intentaron y otros repudian su modelo social. Las alternativas, agentes de cambio como la ONU o el movimiento por otra glo-

<sup>2</sup> «[E]l fenómeno del neofeudalismo consiste precisamente en la privatización de bloques enteros de actividad humana que se han desprendido de la estructura jurídica y organizativa del Estado moderno y de su economía y se han reorganizado de forma autónoma... En ese proceso de redistribución de los términos de la estructura social... [se da] el primer impulso hacia el nacimiento de una autoridad de hecho, a medida que el movimiento desequilibrador genera nuevas zonas autónomas, reagrupamientos y unidades de agresión, de defensa y de supervivencia y se crean territorios privilegiados y zonas de sacrificio... [y] mientras las televisiones transforman el dolor en espectáculo difuso, descentrado e individual del horror... las supuestas *zonas de sufrimiento*... podrían resultar *zonas de indiferencia*». (Colombo 1973: *passim*) Muchas áreas marginales, a menudo etnificadas, del Norte, y grandes porciones del Sur, incluso restos de Estados desplomados, son *zonas grises* desde hace años o décadas, al margen de toda ley nacional o internacional, gracias a una generalizada y constante política del avestruz.

balización, carecían de recursos y topaban con la firme resistencia del *establishment*. Los límites ecológico-demográficos del sistema productivo parecían imponer restricciones sólo a largo plazo y afectar antes a los más pobres y aislados. El sistema parecía estable. (Iranzo 2002) Pero en el pasado lustro se apreció un cambio, una creencia creciente, potencialmente performativa, en un posible gobierno global, aunque *no* una burocracia global soberana: las formas incipientes de *representación colegiada global* imitan a *parlamentos* que reúnen con regularidad a notables (Foro Económico Mundial) o *comunes* (Foro Social Mundial) que acuden para compartir conocimientos y coordinar su cooperación. Su duración es breve; la efectividad de sus conclusiones, casi invisible. Parecen ineficaces porque el poder suele ser muy tangible.

El poder es ostensible cuando un centro de comunicación emite y recibe información («órdenes», «informes») con la que dirige y ordena a distancia la acción distribuida de varios agentes. La deslocalización productiva de las transnacionales ha creado procesos tecno-económicos *normalizados* que integran a decenas de miles de personas. Las manifestaciones globales (15/02/03 y 15/03/03) contra la invasión de Iraq probaron que Internet y la telefonía digital pueden sostener *ya*, siquiera temporal y ocasionalmente, un *demos* global. Otros macro-agentes sociales (sus reducidas redes ejecutivas) creen hace tiempo posible ejercer, en ciertas ocasiones y temas, una magnitud de poder *político* de efecto global, y bregan para ampliar los umbrales geográficos, temporales, simbólicos y estructurales de su capacidad de influencia, incentivo o coerción.

La necesidad de un gobierno global ha llegado a asumirse cuando los grandes centros de cálculo tecnocientíficos han construido la incuestionabilidad de problemas globales ante los que intereses nacionales y sectoriales encontrados dificultan la acción colectiva para lograr un bien común. La confianza generalizada que supere el dilema del *gorrón* debe provenir, pues, de un

agente externo cuya pervivencia dependa de la legitimidad conferida por los participantes según su capacidad para mantener la cohesión colectiva, repartir con equidad las cargas y alcanzar con eficiencia la meta común. Desde la óptica de un potencial «Imperio» los mayores problemas globales se sintetizan en cuatro<sup>3</sup>.

El *territorio* imperial es el medio ambiente global. Urge frenar y revertir la devastación y degradación del patrimonio de la biodiversidad por sobreexplotación, destrucción de hábitats e invasión de especies exóticas. Urge reducir el riesgo de patologías derivadas del creciente uso cotidiano, y acúmulo de residuos, de productos tóxicos y peligrosos. Debe cesar la desestabilización de ciclos bioquímicos por parte de la industria química y la agroindustria, que mutan la biota, silvestre y agrícola, arrasan los suelos, destruyen biotopos y refuerzan el cambio climático. Los *habitantes* del imperio son la población humana, que cursa, a paso desigual, la transición demográfica. Occidente tardó un siglo; los nuevos países industriales, una generación. La clave es conocida: equidad de género, acceso a medios de planificación familiar y cierto nivel de desarrollo humano (salud, educación, prosperidad); pero cada fase conlleva su reto: ¿Cómo educar a tantos niños, emplear a tantos jóvenes, cuidar a tantos viejos? Y la inseguridad económica aumenta en los países rezagados o estancados a causa de gobiernos corruptos o incompetentes, una ayuda internacional escasa, ineficaz y contraproducente, y al fracaso prediseñado de los mercados en que participan; el Norte se abre poco a sus productos y trabajadores. Los programas de alimentos y refugiados de la ONU están al borde del colapso. ¿Cómo harán la transición? ¿O se desplomarán sus Estados dejándolos a merced de los jinetes maltusianos —hambre, guerra, enfermedad, desastres naturales— por los *siglos*...?

La *vitalidad* del imperio son sus fuentes de energía. En el siglo XXI el régimen energético cambiará hacia las fuentes renovables. La redistribución geográfica y de la propiedad de los me-

<sup>3</sup> Esta sección debe mucho a BRIGHT (2003) y GEORGE (1999). Sobre la crisis de la biodiversidad, véase ELDREDGE (2001), LEAKEY y LEWIN (1997); sobre la crisis ecológica MEADOWS (1972), MEADOWS, MEADOWS y RANDERS (1991); sobre la crisis demográfica EHRLICH y EHRLICH (1990), SARTORI y MAZZOLENI (2003); sobre la crisis/crimen de la inseguridad alimentaria ZIEGLER (2003); sobre la creciente inviabilidad estatal RIVERO (2003); sobre el régimen energético DEBEIR, DELÉAGE y HÉMERY (1986), RIFKIN (2002), CARTON (2003), y SAWIN (2003, 2004); sobre el crecimiento ilusorio DOUTHWAITE (1993); sobre la desigualdad global PNUD (2003); sobre *desmaterialización* de la economía RIFKIN (2000); sobre el Consenso de Washington, Ramos (2003); sobre la regulación asimétrica del ciclo económico global STIGLITZ (2002), SOROS (2004).

dios de generación, distribución, comercialización, almacenaje y consumo tendrán efectos sociales del todo imprevisibles. La *mente* del imperio son sus flujos financieros; su fin el crecimiento —del bienestar—. Pero el crecimiento nominal diverge del bienestar real de la población hace tiempo; la desigualdad crece, la pobreza apenas se reduce; los términos de intercambio entre actividades primarias o industriales y servicios favorecen cada vez más a estos. Pero la desigualdad entre países y clases es el *motor* del sistema económico. El crecimiento económico es la raíz del poder geoestratégico: sería incauto permitir desarrollarse a países populosos con intereses divergentes de los de las actuales potencias, más si en 2050 la proporción demográfica entre los 20-25 países más ricos y el resto llega a 1:9.

Un imperio debería asegurar la sostenibilidad ecológica, demográfica y energética del sistema, regular el desarrollo diferencial y contener la violencia de los sacrificados. Estos problemas derivan de un sistema económico *masivamente* destructivo, tóxico, ineficiente e injusto. A su funcionamiento cíclico (expansiones por olas de innovación técnica o acceso a nuevos recursos y recesiones por sobreproducción) se le adjuntó a mediados del siglo XX un regulador keynesiano *nacional* anticíclico que fracasó ante la *estagflación* de los años setenta, fue acusado de generar inflación, desempleo, altos tipos de interés y abuso fiscal, y *formalmente* desmantelado. Las políticas monetaristas, en cambio, trajeron la recuperación —de la mano de la crisis de la deuda y la imposición de ajustes estructurales al Sur que lo convirtieron, junto a los petrodólares, en fuente neta de capital para el Norte, donde floreció la burbuja especulativa de la *economía digital* en los años noventa—. Pero hoy el sistema es global y precisa una regulación global. Los países del Norte puede recurrir a políticas anticíclicas (si sus bancos centrales les dejan) que prohíben taxativamente al Sur. Si los financieros yerran en sus cálculos y provocan crisis de sobreinversión y pánicos en el Sur, el FMI hace de cortafuegos y rescata a los acreedores del Norte a costa de sus propios pequeños inversores en fondos, pero aún más de los ahorradores e inversores del Sur. «Alguien» debe imponer mecanismos que limiten la volatilidad, a veces catastrófica, de los mercados financieros globalizados. E igual de esencial es el rol de regulador keynesiano de la economía mundial. Estas dos funciones son el nicho

económico de un «imperio» global; la sostenibilidad ecológica y la seguridad física y jurídica constituyen su nicho sociopolítico.

### 3. IMPERIO: EMERGENTE/DECADENTE

Hardt y Negri (2000) analizan la sociedad global menos para identificar procesos de insostenibilidad sistémica y mecanismos reparadores que para salvar la esperanza de su transformación emancipatoria. *Imperio* es la totalidad que atisban en una superestructura jurídica emergente superadora del Estado-Nación y que rige las relaciones político-económicas a escala global. El *imperio* no es un Estado sino un *derecho de gentes* mundial creado por una red de legislaturas —e impuesto por fuerzas armadas— cuya pirámide jerárquica sería ésta: (i) el *ejército* de EE.UU. y sus alianzas militares posee el monopolio de la policía imperial, legitimado —de grado o por fuerza— por la ONU; (ii) las *burocracias* que velan por la estabilidad cambiaria y/o la solvencia crediticia (FMI), guían la inversión (BM) y regulan el comercio (OMC), y los comités de líderes que intentan controlar la macroeconomía (G-8, Davos, etc.) con el «asesoramiento» de las grandes transnacionales y la Secretaría del Tesoro de EE.UU.; (iii) *transnacionales* que obtienen de los Estados continuos subsidios y privilegios monopolísticos; (iv) *países ricos* de la OCDE o la OPEP que pueden ofrecer a las transnacionales incentivos y mercados, y a otros países capital y ayuda; (v) *países pobres* que compiten por atraer inversión exterior, preservar y mejorar su infraestructura productiva y acceder a más mercados; y (vi) *ONGs* que ayudan a los más desfavorecidos a acumular capital humano, social y monetario.

De hecho, las instituciones reguladoras intergubernamentales no operan como un cuerpo de gobierno, por flexible y descentralizado que se pinte. Son foros de concertación entre agentes políticos y económicos muy desiguales que negocian bajo la presión de actores contestatarios de varia competencia y legitimidad. El mundo es más desigual e inseguro que hace 15 ó 30 años, sobre todo para los más pobres (Narayan y Petesch 2002), y los Estados han cedido ampliamente ante las exigencias de las transnacionales (Strange 1996, Klein 2001), cierto, pero Hardt y Negri infieren de ello que el Estado ya no es ob-

jetivo de la lucha emancipatoria porque la globalización *diluiría* los capitalismo nacionales<sup>4</sup>. Un *nuevo* modo de producción transnacional extraería plusvalía de expropiar la mayor productividad del conocimiento, la comunicación y la cooperación afectiva, pero estas mismas potencias permitirían coordinar un nuevo proletariado, la *multitud*, formado por todos los agentes subordinados al capital (el empleado precario inmigrante hereda el rol heroico del obrero-masa industrial).

*Imperio* suscitó un debate que ha tendido a condenarle<sup>5</sup>. Marxistas y gentiles descreen de este sueño del imaginario milenarista revolucionario —*el* nuevo enemigo contra el que unir la contestación global y cuya estructura de poder hay que asaltar— y creen más bien que, si hay un imperio, es EE.UU. o una «clase transnacional» —una vaga plutocracia—. Ambas hipótesis cuentan con evidencia a su favor.

#### 4. IMPERIO: EL TIPO-IDEAL Y LOS EE.UU.

Estados Unidos es una república democrática históricamente opuesta a los imperios europeos y asiáticos. Aunque tildada de *república imperial* (Aron 1976), no encaja en el tipo-ideal clásico de imperio, si bien éste se reduce a menudo a un tópico muy distorsionado<sup>6</sup>.

Demos de lado a los *imperios devastadores*, que no sobreviven a su creador (Alejandro, Gengis, Tamerlán) o fragmentan sus herederos (rei-

nos helenísticos, imperios mongoles) y que sediciones centrífugas, insurrecciones autóctonas o invasiones usurpan, someten o destruyen en pocas generaciones. Un *imperio territorial* antiguo sería un vasto Estado multiétnico sometido a una aristocracia guerrera expansionista encabezada por un autócrata que impone una explotación fiscal extrema. Si el imperio no excede su límite logístico y controla sus provincias y fronteras distantes durante bastante tiempo puede socializar a los dominados en su lengua, cultura y derecho y titularse «*civilización*».

En realidad, la construcción imperial es un hecho raro y breve que ocurre en un medio geográfico y ecológico favorable cuando se rompe el equilibrio geopolítico y un Estado acumula exponencialmente ventajas demográficas, ecológicas y militares sobre el resto. Los imperios chinos, Egipto, Persia, Roma, el árabe Omeya, el español, etc. surgieron en apenas una generación mediante la anexión de Estados rivales o imperios existentes. Una vez consolidados, tomaron una actitud defensiva más económica, fijando un amplio perímetro fronterizo con buenas defensas naturales, reforzado con murallas o líneas de fuertes, y separado por un *hinterland* económica y demográficamente secundario del núcleo central dinámico y populoso.

Un Estado, imperial o no, sobrevive si su erario puede sufragar un ejército capaz de impedir invasiones, secesiones y revoluciones, una corte cuyo fasto y prestigio inhiba la ambición de los políticos y militares extranjeros —y autóctonos—, y una burocracia fiscal, militar y administrativa

<sup>4</sup> Una muestra de la complejidad política de la situación, y del peso que aún tienen, incluso Estados del Sur, pudo observarse el 31/07/04, cuando 147 países miembros de la OMC llegaron a un acuerdo para salvar las negociaciones de la Ronda Doha. El acuerdo rebajó no poco las pretensiones del documento inicial, elaborado unilateralmente por los países ricos, y que organizaciones humanitarias y de desarrollo, como, por ejemplo, Intermón-Oxfam, habían calificado de «muy desequilibrada» e «incapaz de responder a las necesidades de los países en desarrollo». El G-20, encabezado por Brasil e India consiguió bloquear las negociaciones sobre liberalización (desprotección) de los mercados de bienes industriales y, a cambio, aceptaron, con condiciones, la apertura de una nueva área de negociación sobre simplificación legal y burocrática de trámites aduaneros y arancelarios. Logró también que EE.UU. y la UE se comprometieran (sin calendario) a eliminar sus créditos y subvenciones —respectivamente— a la exportación de productos agroalimentarios, y si bien se autoriza a EE.UU. a reorientar esos fondos hacia otros modos de *dumping*, se fijaron y se negociarán (aún sin calendario) cantidades y criterios. Además, todos podrán proteger un cierto número de productos que consideren «sensibles».

<sup>5</sup> Así, BORON (2003) cree vigente el análisis de Lenin, Luxemburg, etc. y rechaza el nuevo léxico analítico; GRÜNER (2002) denuncia la relegación de la Teoría de la Dependencia; y SÁNCHEZ ESTELLÉS (2004), más favorable, reivindica aportes de la Teoría Crítica. Y véanse NAVARRO, PIÑEYRO o VILAS (en este volumen).

<sup>6</sup> La bibliografía sobre imperios antiguos es ilimitada pero abundan las síntesis rigurosas: ALFÖLDY 1984, ANDERSON 1993, ENGEL 1978, GERNET 1991, JONES 1981, 1988, KEMP 1989, MOKYR 1990, NICHOLAS 1992, NORTH 1981, PÉREZ LAGARCHA 2003, POLANYI 1957, 1977, RUNCIMAN 1989, TREADGOLD 2001, WALBANK 1969, 1981, WIESEHÖFER 1999. Sobre geoestrategia y belicismo véase COLINVAUX 1981, COLLINS 1999. Sobre la base fiscal-militar del Estado (y los imperios), TILLY 1990, HART 1995, RAMOS 1995.

eficaz. El tópico del vampirismo fiscal y la ineptitud económica nace del carácter económica y demográficamente estático a largo plazo de Estados de base agropecuaria situados en zonas templadas semi-áridas de difícil desarrollo<sup>7</sup>. Pese a ello, todos intentaron aumentar su renta con proyectos de colonización, obras públicas (calzadas, canales, puertos, conducciones de agua, regadíos, drenajes) y una actitud de tolerancia alerta hacia el comercio y las manufacturas no monopolizadas por el Estado<sup>8</sup>.

Respecto al autoritarismo imperial, fue un descubrimiento de la Ilustración europea (y un experimento de sus sociedades en los últimos siglos) que el gobierno colegiado y el sufragio amplio son viables más allá del gobierno municipal. Como norma, un imperio, en distintos momentos de su trayectoria o sus ciclos de centralización/desintegración, lo rige un colegio de oligarcas, una corte o, si ésta se inhibe o se desarrolla, una burocracia imperial. Como todo imperio sufre una tensión crónica entre élites metropolitanas y provinciales, el centro tiene un poder arbitral decisivo —cuando no son los ejércitos fronterizos o pretorianos ni los oligarcas o gobernadores periféricos el poder real—. Aunque algunos emperadores capaces y decididos ejercieron un dominio personal, comúnmente era el *consejo privado* quien gobernaba y a éste, según épocas y lugares: esclavos o libertos de la familia imperial, eunucos o favoritas (y sus familias), consejeros de origen «burgués», generales, y sacerdotes o monjes diversos. Cuando se consolida una amplia burocracia, el poder muda entre sucesivas facciones victoriosas de «mandarines» en la incesante lucha de clanes por los cargos supremos. En los regímenes parlamentarios se suman los políticos profesionales y los segmentos de clase y poderes fácticos —militares, económicos, religiosos o mediáticos— que contribuyen a sostenerlos.

En cuanto a la «civilización» imperial, en ocasiones la cultura precede al Estado y otras a la inversa. Una ideología común facilita la alianza de las élites y teje lazos simbólicos entre ellas y sus pueblos, pero la cohesión política no depende de la unidad cultural: basta que esté claro que la lealtad es más segura y provechosa que la secesión. Una «civilización» es un hecho cultural complejo que puede ocurrir al margen del ascenso de un imperio, beneficiarse de ser nombrada ideología oficial y verse arrastrada por su caída o bien sobrevivirle.

Así que un imperio territorial, incluso *el mismo imperio* en momentos distintos, puede ser expansivo o defensivo, parasitario o desarrollista, autoritario o «democrático» y un unificador civilizatorio o un celoso defensor de la distinción entre élite y populachos. También los imperios *mercantiles* son muy diversos: pueden fundarse en una etnia, una casta, un gremio, un monopolio regio, o de patente real y capital privado, o en un colonialismo de gobierno directo o indirecto, o «no formal» (neoimperialismo: ejercido mediante instrumentos diplomáticos, o por una o más firmas transnacionales mediante *incentivos*). Los imperios mercantiles-territoriales modernos (coloniales), democráticos y desarrollistas en la metrópoli, serían autoritarios y parásitos en los dominios porque su dinámica política la rige la expansión capitalista y, con todas sus fracturas y conflictos internos, la clase que la impulsa. No obstante, muchos historiadores creen que esos imperios no rendían beneficios *netos* —salvo a los monopolios—, apenas cubrían el coste de administrarlos y se crearon por una irracional «escalada de adquisición colonial», paralela a la carrera de armamentos que llevó a la guerra mundial. Un imperio mercantil «normal» no necesita territorios ni construir un Estado, aunque sí *algún* marco político que proteja física y legalmente a las co-

<sup>7</sup> Los imperios tropicales (mayas, khmer) tienden al colapso ecológico, quizá por la levedad del suelo. La excepción es China. Al par de la colonización arocera del sur se desarrollaron excelentes tecnologías cerámicas, del acero y la energía hidráulica siglos antes que en Europa. En el s. XVIII China era la primera economía mundial: la agricultura más intensiva y productiva, manufacturas de lujo sin parangón, un régimen fiscal que permitía al campesinado una demanda sostenida de herramientas y ajuar doméstico y un cabal proteccionismo que defendía su superávit comercial. Pero los términos de intercambio impuestos *manu militari* por Occidente trajeron luego la quiebra, el hambre y la miseria. (GERNET 1991).

<sup>8</sup> En tiempos de crisis fiscal, el Estado podía obviar los inconvenientes de escasez de capital, alto riesgo y baja contribución al erario de esas actividades y promoverlas con garantías jurídicas a la propiedad y los contratos, servicios de seguridad en transportes y comunicaciones y libertad empresarial, expandiendo así el mercado monetarizado, con el éxito que atestiguan las artes ornamentales de los imperios Abásida, Sung o Ming y la historia europea desde el siglo XVII).

munidades mercantiles, aunque no asuma sus metas y valores<sup>9</sup>.

¿Encaja EE.UU. en este tipo-ideal ampliado? Sí, como un poder *polimorfo* y *versátil*. Es un *imperio territorial* respecto a los indígenas que redujo a reservas y cuyas tierras usurpó, a la infracaste *ilota* de negros/inmigrantes, o a las naciones del Pacífico (Islas Marshall, Micronesia) cuya soberanía ostenta en asuntos exteriores y defensa. Durante décadas, sus continuas acciones militares siempre fueron «defensivas» y sin anexiones; es desarrollista en casa, dice serlo fuera, pero se financia de modo parasitario gracias al crédito internacional y al rol del dólar como principal divisa de reserva y de comercio internacional; se dice la democracia modelo pero no duda en tener socios autoritarios; se enorgullece de su «excepcionalidad» pero sus industrias culturales, de las universidades al cine porno, dominan los mercados del mundo. Es un *imperio mercantil* tanto por las redes globales de sus transnacionales como por su política estatal —creación de zonas de libre comercio asimétricas, imposición de compras de armamento y de acuerdos bilaterales abusivos, presión sobre gobiernos y organismos internacionales en pro de ciertas firmas y sectores propios—. Sin sarcasmo, su parte de responsabilidad en la polución global y en el fracaso de las iniciativas para frenarla, en la imposición al Sur de políticas de ajuste y de gestión de la deuda externa catastróficas, puede calificarle como *imperio devastador*.

Su *versatilidad* le permite elegir a discreción, entre los recursos históricos del poder imperial, el idóneo al caso. Pero eso no hace de él un *verdadero* imperio. Ha invadido países en guerras no declaradas, impuesto bloqueos, acosado o derribado gobiernos legítimos con insurgencias o golpes de Estado, sostenido dictaduras y forzado

a aceptar bases militares —como cualquier país hegemónico, no sólo los imperios—. Francia y Gran Bretaña han actuado así en algunas de sus excolonias, y en la reciente «reconciliación» de Europa con Gadafi, a cambio de indemnizaciones y tratos comerciales, nadie habló de democracia en Libia. Estados Unidos es más un *hegemon*, una potencia líder, que un imperio, y ello por efecto de su mismo proceso de expansión y las ideologías que lo acompañaron.

## 5. IMPERIO: EL ASCENSO ESTADOUNIDENSE

La expansión de EE.UU. ha tenido cuatro fases: la construcción del «Estado continental» hasta 1898, la tentativa colonial hasta 1941, el liderazgo occidental en la guerra fría hasta 1991 y la incipiente e incierta fase actual.

Las colonias americanas nacieron con afán de expansión a costa de indígenas y vecinos. Británicos metropolitanos y coloniales lucharon durante décadas contra Francia por el Ohio y Canadá. Tras la victoria, las Colonias se eximieron de pagar la deuda de guerra y se apropiaron la frontera al independizarse. Al principio, el «imperio» giró sobre el plan del Canal Erie-Hudson, pero en 1803 Francia, endeudada y presionada para abrir Nueva Orleans al comercio con EE.UU., creyó prudente y provechoso vender Louisiana (toda la cuenca del Mississippi-Missouri y Florida) y ya en 1804 se envió la expedición Lewis-Clark para explorar y reclamar Oregon (todo el noroeste del territorio continental actual, obtenido en 1846). No se pudo conquistar Canadá (1812-1814), sí la mitad de México (1846-48). Maine (1820) y Texas (1846) se sumaron a la Unión y ésta compró Alaska a Rusia

<sup>9</sup> La escasez de capital y la debilidad de sus Estados llevó a los europeos a soslayar el modelo gremial de la Hansa e idear formas centralizadas de comerciar con el Índico, China y América: Portugal creó un monopolio regio que no cubría sus costes de seguridad; España se limitó a ofrecer una eficaz escolta que garantizaba la fiscalización de la Corona; Holanda, Francia e Inglaterra crearon monopolios de capital privado que, a la postre, debieron ser intervenidos, nacionalizados o disueltos por su baja rentabilidad. El grueso del beneficio comercial inicial provenía de la participación en el comercio *regional* asiático. La conquista, para apropiarse del sistema fiscal local, fue un intento de detener la caída de beneficios derivada de los precios bajos por exceso de oferta. Aún así, los imperios caravaneros del Sahel y Asia Central, y de las castas Bajara y Banya en India, los imperios sin tierra de los chinos de Fujian en Asia Oriental y de los armenios en el resto del continente y hasta Europa, hicieron frente con éxito a las compañías europeas hasta el gran cambio técnico y político del último tercio del s.XIX. Gracias a vapores y ferrocarriles empezó a pesar decisivamente en la política colonial el interés de las compañías plantadoras o mineras, al contribuir por vez primera de modo notorio a la aceleración de la acumulación metropolitana. Sobre la expansión europea, y otras, véanse CIPOLLA 1967, CROSBY 1986, TRACY 1990, DIAMOND 1998; sobre el imperativo imperial capitalista —a veces fallido— de destruir toda acumulación de capital periférica no subordinada véase SO 1990, DOUTHWAITE 1992, WOOD 2003.

(1867) para expulsar a otra potencia europea del continente. Inmigrantes de EE.UU. independizaron Hawai en 1896, aceptado en la Unión en 1898.

Los hitos ideológicos de esta construcción estatal deben entenderse en su contexto. En 1823 la Santa Alianza acaba con el trienio liberal en España y se teme intervenga contra el México independiente (1821) o en pro de demandas británicas, francesas o rusas. La «doctrina» del presidente Monroe rechaza toda acción militar europea en (Norte)américa («América para los americanos») y ofrece a cambio la neutralidad de EE.UU. en futuros conflictos europeos —mantenida hasta 1917—. El influyente *Destino Manifiesto* (1845) afirma que la Providencia ha elegido a EE.UU. para regir América. En 1823 se temía la invasión, en 1845 se está a punto de conseguir cuanto había del Mississippi al Pacífico y de Río Grande a Canadá. La Gran Colombia y la República Centroamericana se habían fragmentado y no cesaba la guerra en y entre Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay. En los inestables países del sur gobernaba la misma oligarquía plantadora, exportadora, «compradora» y librecambista que intentó la secesión legal de la Confederación (1861), impedida por el Norte, que necesitaba sus materias primas, su mano de obra excedente, sus mercados, y sus impuestos para financiar el ferrocarril al Oeste. (Feinmann 2003) En 1898, EE.UU. era el *hegemón* del Caribe, rival del capital británico en Sudamérica y la primera potencia industrial mundial<sup>10</sup>. Entonces maduró la tentación colonialista.

El imperialismo de EE.UU. empezó siendo mercantil: forzó la apertura comercial de Japón (1854), se benefició de la derrota china en las guerras del opio (1858) y acudió *como observador* a la Conferencia de Berlín donde Europa se repartió África (1885). En casa, la «cuestión social» suscitaba luchas obreras, políticas y gangsteriles cada vez más violentas y el imperialismo ofrecía una válvula de escape, una vía de cohesión nacional. Ideólogos belicistas (Frederick J. Turner, Brook Adams, el almirante Mahan) y la pren-

sa populista (Pulitzer, Hearst) lograron que el público pidiese la guerra (1898). En lo arrebatado a España se experimentaron varias fórmulas: Guam obtuvo la ciudadanía y voz sin voto en el Congreso; Puerto Rico fue declarado Estado Libre con representación limitada en el Congreso; Cuba recibió pronto la independencia pero su gobierno necesitó constante apoyo militar; Filipinas, declarada *colonia*, se sublevó y, al coste de 300.000 muertos, logró un gobierno autónomo, y la independencia en 1946.

En Filipinas, EE.UU. aprendió que el *colonialismo* es una forma político-económica ruinosa. Por eso Woodrow Wilson propuso en 1919 crear una Sociedad de Naciones que favoreciese el desarme, una cauta pero decidida liberalización comercial y procesos de autodeterminación. Los europeos rechazaron esa osada demanda de subordinación, y se afirmaron en ello en 1929, pero hubieron de aceptarla en 1945, al convertirse EE.UU. —tercera expansión— en *hegemón* militar, económico, político e ideológico de la Liga Antisoviética, con protectorados en Europa Occidental, Asia Oriental, Sudamérica, y Oriente Medio. Su actitud *defensiva* de «contención» (ignoró las revueltas de Europa Oriental, defendió Corea y Vietnam, auspició guerrillas y golpes militares contra *nuevos* gobiernos «rojos») y su inversión en alta tecnología, junto a los errores de la URSS, llevaron a ésta a la quiebra.

La cuarta fase aún no se ha definido, pero *no es* el Fin de Historia. Muchos esperaban de Clinton (1993-2000) más reducción del gasto militar, la reconversión del complejo militar-industrial y la capitalización mundial del «dividendo de la paz». El conflicto de Palestina estuvo cerca de una solución, China e Irán iniciaron reformas y el ejército de EE.UU. actuó (mal) como gendarme global (Bosnia, Kosovo, Somalia, Sudán, Haití). En cambio, G.W. Bush asumió la meta de asegurar la *supremacía*<sup>11</sup> geoestratégica de EE.UU. impidiendo el ascenso de rivales, incluso recurriendo a ataques *preventivos* (no provocados) con armas nu-

<sup>10</sup> Gracias al *sistema de producción americano*: la estandarización de piezas fabricadas con máquinas-herramienta de precisión para su perfecta intercambiabilidad, montaje en serie y producción en masa. El *fordismo* añadió la cadena de montaje y la organización taylorista del trabajo. (MOKYR 1990)

<sup>11</sup> Uso *supremacía* en sentido racista o etnicista estricto. Que EE.UU., Reino Unido, Canadá, Australia y Nueva Zelanda compartan la red de espionaje electrónico global *Echelon* (GARCÍA MOSTAZO 2002, 2004) indica que algunos poderosos agentes involucrados en prácticas «imperiales» se guían por la solidaridad estratégica entre naciones que se identifican, en primer término, con el grupo étnico anglosajón.

cleares<sup>12</sup>. Sus prioridades eran acosar a China,<sup>13</sup> y seguir presionando a Iraq, pero el 11/09/01 alteró y aceleró la agenda.

La presencia de Bin-Laden y el grueso de Al-Qaeda en Afganistán creó la oportunidad de escenificar un escarmiento y algo más. Se dio un ultimátum inaceptable a los talibán, antiguos aliados listos a entregar a Bin-Laden con mínimas condiciones. El servicio secreto sobornó a los señores de la guerra y pagó las armas rusas para la Alianza del Norte, que ocupó el país en la estela de los bombardeos de la USAF. El presidente del país y el embajador de EE.UU. son ex-empleados de Unocal, ya con los talibán adjudicatarios de la concesión para construir el gasoducto del Caspio al Índico por Turkmenistán<sup>14</sup>, Afganistán y

Pakistán<sup>15</sup>. Por mandato de la ONU se creó la ISAF para proteger Kabul —el gobierno— y se asignó la misión a la OTAN (8/2003), en su primera misión «extraterritorial», y luego a *Euro-Cuerpo* (8/2004)<sup>16</sup>. Mientras tanto, EE.UU. estableció bases de televigilancia avanzada de Rusia, China, Irán y Pakistán, y acosó desde ellas en ocasiones a los talibán, cuyos principales líderes habían huido, como Bin-Laden. La inseguridad general en todo el país y la lenta entrega de los exiguos fondos comprometidos en la reconstrucción hizo que ésta fuese mínima; pero, apenas creado el nuevo gobierno, el interés del gabinete Bush, ebrio de éxito, volvió de inmediato a Iraq.

Israel ocupó Palestina (1967), Marruecos el Sahara Occidental (1975) y EE.UU. les apoya.

<sup>12</sup> Este planteamiento se basa sobre todo en dos estudios: *Shock & Awe: Achieving Rapid Dominance* (1996), del Instituto Judío para Asuntos de Seguridad Nacional (JINSA) y *Rebuilding America's Defences: Strategic Forces and Resources* (2000) del neoconservador *Project for a New American Century* (PNAC). La Estrategia Nacional de Seguridad de EE.UU. (US-NSS), que Bush aprobó en 2002, suscribe oficialmente sus tesis. El título del informe de la JINSA fue el nombre en clave de la invasión de Iraq, basado en su idea de ataques rápidos, masivos y devastadores contra objetivos civiles e infraestructuras básicas (prohibidos por la Convención de Ginebra) y contra los centros de mando y control del enemigo. Una victoria rápida y completa debería suscitar la máxima disuasión. (Pero no fue así en Iraq ni en Palestina). Véanse los manifiestos de PNAC en <http://www.newamericancentury.org> y <http://www.globalpolicy.org/empire/analysis/2000/09newcentury.pdf> y la US-NSS en <http://www.whitehouse.gov/nsc/nss.pdf>. Casi todos los firmantes y simpatizantes del PNAC ocuparon posiciones influyentes en la administración Bush, desde la vicepresidencia y la Secretaría de Defensa casi al completo a parte del Departamento de Estado o la Fiscalía General —donde John Ashcroft logró aprobar, en un más que dudoso trámite parlamentario, la PATRIOT Act, que menoscabó las libertades civiles y las garantías jurídicas de los estadounidenses— y fue declarada parcialmente inconstitucional por un juez federal de Nueva York en 9/2004—.

<sup>13</sup> Recuérdese el aterrizaje forzoso de un avión espía de la USAF en China (tras abatir por accidente un caza chino) el 01/04/2001. El acoso de EE.UU. a China incidió en el pasado en el cíclico endurecimiento de su régimen (So 1990) —táctica recientemente repetida con éxito en Irán—. La concentración de esfuerzos de EE.UU. en otros lugares ha permitido a China la aprobación parlamentaria de la inviolabilidad de la propiedad privada (03/2004) y la firma de un acuerdo bilateral con Kazajstán que incluye la construcción conjunta de ferrocarriles, un oleoducto, y la lucha contra el terrorismo (los separatistas musulmanes de «Turkestán Oriental»), y otro con Cuba. En pocos meses EE.UU. ha perdido parte de su ventaja ideológica sobre China, de su control sobre su suministro de energía y de su peso político en Asia Central y el Caribe. Y la lucha sigue en todos los frentes, incluso con nuevas «traiciones» de viejos aliados: el 17/08/04 China, Japón y Corea del Sur anunciaron su alianza para empezar a desarrollar en seis meses productos de *software* «libre» (de código abierto) basados en Linux para contrarrestar el monopolio, tolerado por EE.UU., de Microsoft. (No obstante, entre las empresas que lideran el proyecto están Oracle, Sun, IBM, Hewlett-Packard, Intel, SAP AG, BEA Systems y Novell). Otros «rivales» de EE.UU. también han aprovechado la coyuntura: la UE ha logrado que EE.UU. reconozca la compatibilidad de los sistemas de posicionamiento por satélite GPS y Galileo y China ya participa en este proyecto (y Japón, Corea, Brasil, entre otros, podrían unirse pronto); además, la UE podría estar más cerca de firmar acuerdos con Mercosur (al que se ha unido México) y el Pacto Andino que EE.UU. de lograr la firma del ALCA. Rusia ha restaurado (o re-creado) su área de libre comercio con Bielorrusia, Kazajstán y Ucrania. E Iberoamérica ha elegido democráticamente a líderes capaces de oponerse unidos a las condiciones más abusivas del ALCA —el motín de Bolivia para evitar la exportación de gas sin contrapartidas de desarrollo, que envió a su presidente al exilio en EE.UU. (17/10/03) o la derrota de la oposición en el referéndum revocatorio contra el presidente venezolano Chávez (15/08/04), al margen de su alcance transformador efectivo, son los casos extremos—.

<sup>14</sup> Ese país del que, cuidadosamente, nadie habla nunca y donde el retrato del dictador (un ex *apartchik* soviético) es el logotipo, siempre en pantalla, de la televisión nacional —que, por supuesto, es la única— y aparece hasta en la etiqueta de las botellas de vodka.

<sup>15</sup> Esta ruta es vulnerable, pero también la que cruza el Caspio, el Cáucaso, Turquía, el Mar Negro y los Balcanes, y pasa por o cerca de Chechenia, Pankisi y Kosovo, pero su clave es Georgia, donde hay tropas de EE.UU. desde 2003 y una oposición bien financiada impidió en 2004 el «pucherazo» del partido de Shvarnazde. El nuevo gobierno aprobó de inmediato la construcción de su parte del oleoducto.

<sup>16</sup> Quizá fue un logro estratégico europeo, quizá un gambito de EE.UU. para repartir la responsabilidad del previsible fracaso o las insuficiencias de las elecciones presidenciales de octubre de 2004. En todo caso, el inmenso y denodado esfuerzo de apoyo logístico de la ONU, la OSCE, la UE, la ISAF (y las USAF) a esos comicios, y la voluntad de paz de los afganos, significaron la diferencia entre el temido fracaso y el «éxito relativo» dadas la tradición del país, su historia reciente y las circunstancias actuales con que fueron finalmente avalados por las democracias del concierto internacional —y simbólicamente acrisolados por la visita oficial a Kabul, *dos días después*, del canciller alemán Schröder—.

Iraq quiso que Kuwait pagase su guerra contra Irán. Las coronas del Golfo exigieron a EE.UU. la restitución del *statu quo*, y EE.UU. accedió, pero insistió en derrocar a Saddam Hussein más adelante y sustituirlo por un aliado más leal. Para ello, recurrió a bombardeos e impuso un embargo que violaba la legalidad internacional y los derechos del pueblo iraquí (Falk 2002). El régimen resistió y se mofaba indemnizando a las familias de los *kamikazes* palestinos. Esto ya era una buena razón para invadir Iraq, pero EE.UU. tenía más:

(i) controlar su reserva de crudo para asegurar el abasto de EE.UU., condicionar el de Europa y Asia, y frenar la deriva de la OPEP -iniciada por Venezuela e Iraq— hacia la venta en euros, que dañaría la privilegiada posición del dólar (Clark 2003, Harris 2003). Pero el fracaso de la ocupación impidió explotar el petróleo iraquí, el dólar se devaluó por la deuda de guerra, el crudo alcanzó máximos históricos en la segundo semestre de 2004 y la OPEP, aun produciendo al máximo para evitar el pánico en los mercados, no logró reducir su precio hasta niveles «estructuralmente seguros» para evitar una recesión global a medio plazo.

(ii) reafirmar su hegemonía regional y dar un golpe fatal al terrorismo. Pero el gobierno israelí lo consideró carta blanca para lanzar «asesinatos selectivos» contra la resistencia palestina. Esto y la ocupación de Iraq galvanizaron las fuerzas locales y resucitaron las redes de Al-Qaeda. Lo prueban incontables atentados en Iraq (y Egipto, España, Indonesia, Rusia, Turquía, etc.), y docenas de secuestros de trabajadores, cooperantes o periodistas extranjeros, muchos de los cuales culminaron en el asesinato de sus rehenes. Además, pese al señuelo de la mal pertrechada policía iraquí, que sufría el grueso de las bajas, soldados

de EE.UU. morían a diario. Aún peor, la invasión espoleó a Corea del Norte e Irán -con Iraq, el *Eje del Mal* de Bush— a intentar protegerse con armas nucleares. (Irán canceló la moratoria acordada un año antes con Alemania, Francia y Reino Unido, reactivó su programa «civil» de enriquecimiento de uranio (9/2004) rechazó la autoridad de la Organización Internacional de la Energía Atómica para vetarlo, y desarrolló misiles de largo alcance «para entrar en el mercado de lanzamiento órbita de satélites» —pero también capaces de alcanzar Israel— (10/2004); EE.UU. podría intentar forzar ambas cosas como *casus belli*, y seguramente por eso, tras la reelección de G. W. Bush, Irán volvió a acordar con la UE y la OIEA (11/2004) la suspensión de su programa nuclear).

(iii) Relegar a la ONU e imponer la supremacía de EE.UU. en cuestiones geopolíticas y económicas globales, basándose en la excelencia moral de *su* Constitución. Pero la ONU y la mayoría del mundo defendieron la Ley internacional y, al fallar el soborno de generales iraquíes<sup>17</sup>, la invasión se justificó con una interpretación falaz de la R-1441 del Consejo de Seguridad (UNSC) pues fue imposible lograr una aprobación expresa. Siguió la ocupación, el caos y el fracaso anunciado<sup>18</sup>.

*Tácitamente*, EE.UU. admitió su fracaso el 20/08/2003 —un día después del funesto y luctuoso atentado contra la desprotegida sede de la ONU en Bagdad, tras el que ésta se retiró de Iraq— al demandar una nueva resolución que apoyase su demanda de más ayuda militar y económica al resto del mundo, sin ceder un ápice de poder. Sólo el 16/10/03 se aprobó la R-1511, que reconoció a la Coalición como potencia ocupante con *plena responsabilidad* de gobierno, admitió al Consejo Provisional Iraquí como representante *interino* del

<sup>17</sup> Quizá por temor a represalias del régimen, o también por la *asabiyya*, la férrea lealtad que une a los hombres de una familia, real o política, para venganzas de honor o la conquista del poder, muy viva entre los árabes, como lo atestiguan la resistencia de Tikrit, sede del clan de Saddam Hussein, la combatividad de las milicias de Faluya, Samarra, Ciudad Sadr, Kerbala, Nayaf, Kufa, Ramadí, etc., y la de la misma Al-Qaeda. (Hourani 2003, Moya 2002)

<sup>18</sup> El ex embajador Robert Barry (2003), con experiencia en los Balcanes, advirtió de lo costoso en tiempo, dinero y vidas que es un proceso de construcción nacional democrática, aún más sin la cooperación de una comunidad internacional ofendida, mientras que una transición apresurada sólo traería la guerra civil y daría aliento al terrorismo; Robbert Higgs (2003), experto en economía política, señaló que las fracturas ideológicas, religiosas y étnicas de Iraq nutren tantos problemas irresueltos que es difícil que un gobierno no autoritario —sin hablar del sueño de una democracia «modelo» para la región— pueda evitar la guerra civil y mantener la unidad del país. Esto induce las peores expectativas sobre el Gobierno Provisional que recuperó la soberanía nacional el 28/06/04 —incluida la capacidad de declarar *Estados de excepción*, que formalizó en sus primeros días de ejercicio en una Ley de Seguridad Nacional—, y sobre el resultado y consecuencias de las elecciones de enero de 2005—. (Amén de que el Secretario de Defensa Rumsfeld apuntase ya en septiembre de 2004 que, a causa de la gran inseguridad reinante, éstas no podrían celebrarse en las fechas previstas en el 20-40% del territorio iraquí).

país y legitimó la Conferencia de Donantes<sup>19</sup>. Pero la Coalición no recibió el apoyo de más países y, día a día, perdió el control de la situación. La devolución de la soberanía (28/06/04) a Iraq y sus incipientes fuerzas armadas y de seguridad selló el fracaso de EE.UU. como *hegemon* militar, y como *emperador*, incapaz de pacificar, democratizar y reconstruir *por sí solo* Iraq, y tampoco sirvió para reducir la violencia y recobrar el orden público<sup>20</sup>. Un informe de la CIA (23/01/04) había advertido que Iraq se aproximaba a una situación de guerra civil y nueve meses después analistas y prensa hablaban abiertamente de la «libanización» del país. La inseguridad en Iraq y Afganistán era tan grave que el Secretario General de la OTAN, Jaap de Hoop Scheffer, advirtió (2/7/2004) que si EE.UU. seguía actuando en solitario, marginando a la ONU, la UE y la OTAN, la consolidación y democratización de ambos Estados seguramente fracasaría, ahondando la crisis de dos áreas vitales para los intereses de Occidente.

Aunque a los devotos de la *realpolitik* en EE.UU. les guste ver a su país como la nueva «Macedonia», elegida por la Historia para llevar el nuevo Helenismo (el *American Way of Life*) al resto del mundo, y sin necesidad de que un tiránico Alejandro encabece sus falanges, EE.UU., más que un imperio *real*, es como un «débil» *Kaiser* —con raptos absolutistas— del nuevo «Sacro Imperio Romano Germánico» Occidental, en cuyas *Diets* (cumbres, conferencias de donantes) intimida a los países pequeños, pero debe conceder contrapartidas por la adhesión de los grandes, capaces de firme oposición. Para George Soros (2004) la política exterior de los «halcones» de Bush es una «burbuja especulativa» basada en el espejismo de una *supremacía* imposible: el liderazgo de EE.UU. sería más sólido y duradero como adalid de una liga de democracias (basada en la arrumbada Declaración de Varsovia) y al frente de la ONU, la OCDE, la OTAN o la OSCE, que como caudillo del capitalismo transnacional más irresponsable y cerril<sup>21</sup>.

<sup>19</sup> Ésta se celebró en una semana en Madrid; se alardeó de la cifra alcanzada (\$33.000M), pese a que EE.UU. (no la ONU/Banco Mundial) gestionase *sus* \$20.000M, otros países hiciesen lo mismo, y dos tercios del total fuesen condonaciones de deuda, préstamos, créditos, ayuda en especie, etc. En todo caso, la inseguridad impidió efectuar la mayoría de las inversiones y reactivar la economía —incluso, para sustituir a los amenazados trabajadores locales, hubo de contratarse a precios «relativamente altos» a muchos trabajadores extranjeros, que pronto se convirtieron en objetivo preferente de la resistencia y de bandas criminales organizadas y terroristas.

<sup>20</sup> El primer Consejo de Gobierno Provisional resultó tan incompetente, negligente, inoperante e incapaz de ganarse el apoyo popular que a última hora hubo que crear otro, con aval de la ONU, al que devolver la soberanía (pero se nombró a los integrantes del primero miembros «natos» de la Asamblea Nacional provisional que controlaría al nuevo gobierno soberano hasta las elecciones de 2005). Además, a lo largo del invierno de 2004 varios informes oficiales concluyeron que en Iraq no había armas de guerra BQN, y el 16/06/04 una comisión parlamentaria confirmó que no había ninguna conexión operativa entre Al-Qaeda y el régimen de Saddam Hussein, destruyendo así las coartadas de la invasión. El director de la CIA dimitió, chivo expiatorio pre-electoral. Pero fue en la primavera de 2004 cuando la administración Bush debió asumir que EE.UU. no puede imperar *sin el apoyo de otros*. (Esto no excluye que lo intente de nuevo, incluso en el futuro inmediato, si creen que existe la oportunidad). La retirada española en mayo —por su valor simbólico, como el de los neozelandeses en septiembre, más, sobre todo, el anuncio de retirada de la brigada polaca en 2005—, la sangrienta revuelta de varias milicias, el aumento de los secuestros y asesinatos de extranjeros y, aún más, el escándalo por las torturas en la cárcel de Abu Ghraib, cuestionaron gravemente la *capacidad* y la *integridad* de los ocupantes ante *sus* ciudadanos. Primero, el problema de las milicias se resolvió cooptando algunas como fuerzas de seguridad del nuevo Estado (gracias a lo cual se logró que el nuevo ejército iraquí (Guardia Nacional) prefiriese por vez primera combatir a los insurgente en lugar de desertar o unirse a ellos, siempre que el enemigo fuese identificado como un claro enemigo político, en una forma solapada de guerra civil comedida). Segundo, el deshonor militar se liquidó con promesas de juicios expeditivos (los torturadores recibieron sentencias muy leves) y el cese de algún mando. Y tercero, evitar y contrarrestar la retirada de aliados se confió a la R-1546 (UNSC, 8/6/04) <http://ods-dds-ny.un.org/doc/UNDOC/GEN/N04/381/19/PDF/N0438119.pdf?OpenElement>, que forzó a EE.UU. a hacer una transferencia muy amplia de soberanía *real* al gobierno iraquí. Además, el 23/06/04 EE.UU. retiró, por falta de apoyos para aprobarla, otra resolución donde solicitaba prorrogar por un año la inmunidad de sus tropas ante el Tribunal Penal Internacional; hubo de conformarse con un acuerdo de inmunidad con Iraq y sólo, inicialmente, hasta enero o febrero de 2005.

<sup>21</sup> Emmanuel Todd (2002), Michael Mann (2003), José M<sup>a</sup> Tortosa (2003) o Immanuel Wallerstein (2003a,b) creen inviable un imperio de EE.UU. porque carece de los recursos políticos e ideológicos para atraer a los aliados que *necesita* —aunque su gasto militar sea ahora el 40% del mundial y su superioridad tecnológica sea incuestionable—. Otros autores, menos escépticos, suscriben la hipótesis estructural de que EE.UU. es la vanguardia armada del capitalismo imperialista transnacional, aunque ello se deba aun contingente *secuestro corporativo del gobierno* (Aguirre y Bennis 2003, Callinicos 2003, Foster 2003a,b). El testimonio de un testigo participante (Stiglitz 2004) evidencia más bien que *no hay ninguna unidad* entre los departamentos del ejecutivo y escasa coordinación a través del presidente, el Congreso o comisiones *ad hoc*. Del pandemonium de cooperación/confrentación de cada departamento con los representantes de intereses especiales sectoriales y con departamentos rivales resultan a menudo políticas consensuadas que nadie sabe cómo ni porqué han llegado a aprobarse —aunque siempre hay que decir algo que suene plausible en los medios—. La más desenfadada, y rigurosa, denuncia de la desnaturalización del sistema político estadounidense

En la conclusión de su última obra, hasta el putativo ideólogo académico del Pentágono, Samuel Huntington (2004), juzga imposible el imperialismo americano *unilateral*, pues, hoy por hoy, EE.UU. necesita en casi todas sus intervenciones el apoyo de al menos una potencia global de segundo orden o regional (y enumera: los cuatro países mayores de la UE y todos los que tienen más de 100M de habitantes, salvo México y Bangladesh), potencias con acendradas identidades nacionales y que oponen fuerte resistencia a la americanización. El supuesto contrario, abrir EE.UU. a un pluralismo cultural ilimitado causaría una indeseable disolución multicultural. Para Huntington, la *identidad* correcta de EE.UU. en el mundo, la que le permitiría sostenerse a largo plazo como hegemon del Norte y global, reside en que por encima de las identidades o identificaciones sociales propias de un multiculturalismo no desintegrador (de grupo etno-cultural — lengua y país ancestral de origen— más que racial; de credo/culto religioso y con la transnacional para la que se trabaja —sea en la oficina central o en cualquier subcontrata— más que hacia la localidad natal o de vecindad) exista una identidad política común basada en el patriotismo constitucional, en la centralidad cultural de la raíz angloprotestante y en una diversa pero generalizada y profunda religiosidad, fuente de fervor patriótico y ardor guerrero<sup>22</sup>.

## 6. IMPERIO: LA PLUTOCRACIA GLOBAL Y OTROS ASPIRANTES

Desde una perspectiva jurídica e institucional, EE.UU. es el líder, sólido, de un sistema de

Estados cuya capacidad de acción colectiva depende mucho de la aquiescencia o cooperación de ese país. Desde una óptica *funcional* la cuestión es quién puede adueñarse del nicho de la regulación keynesiana global. Nadie tiene aún suficiente poder y legitimidad para imponer los gravámenes necesarios para nutrir un erario que sufrague políticas globales, pero tres «grupos» se disputan su diseño y control: (i) una galaxia de clases poseedoras, acumuladoras y de servicio, consorcios sectoriales de empresas transnacionales, países miembros de la OCDE y otros países ricos, que propugnan el mercado máximo y el Estado mínimo —con un gran ejército disuasorio que proteja sus intereses y sea el primer rubro del gasto público global—; (ii) la ONU, como burocracia diplomática que se juzga capaz de recabar equitativamente fondos de sus miembros y redistribuirlos con eficacia económica y justicia social; (iii) la laxa y proteica confederación de ONG reticuladas en torno al Foro Social Mundial, que exige medios para la autoorganización de la sociedad civil y su desarrollo humano. Estas ligas de fuerzas heterogéneas, listas para abordar los problemas globales de población, energía, sostenibilidad, justicia social, regulación económica, seguridad, etc., cuajan como agentes en sus campañas, ritos asamblearios y liturgias/informes periódicos. Para unos el mercado «libre» —y sus milicias— lo resolverá todo; para otros, sólo el equilibrio entre mercado y planificación democrática asegura el bienestar privado y los *bienes comunes globales* que hacen sostenible una sociedad; para los últimos, debe darse a la gente la oportunidad y medios para organizarse, decidir y obrar por sí misma,

---

a causa de la financiación corporativa y la extensión del *gerrymandering*, y de la amenaza a sus libertades por parte de unas élites económicas reaccionarias y corruptas, está sin duda en los ensayos-panfleto de Michael MOORE (2003, 2004).

<sup>22</sup> Si la esencia del Estado es el monopolio legítimo de la violencia, ésta no puede ejercerse eficazmente hacia el exterior sin el entusiasmo sacrificial del patriotismo. El mito de «América» como tierra de libertad y oportunidades es tremendamente efectivo, aún hoy, para generarlo. Sólo un patriotismo de enorme fe e inocencia (o una esperanza lúcidamente desesperada) explicaría, por ejemplo, que películas tan críticas como *El cazador* (Michael CIMINO 1979) o *Érase una vez en América* (Sergio LEONE 1980) acaben, semi-irónicamente, a los acordes de *God Bless America*, o que *Good morning, Vietnam!* (Barry LEVINSON 1988) se cierre con *What a wonderful world!* en la voz de Louis Armstrong. La política exterior de EE.UU. se sostiene sobre la paradoja patriótica de que, aunque muchas cosas vayan mal en «América», todo acabará bien porque es América y cree en Dios. Y esta idea es un dogma tan incuestionable que Huntington ilustra su texto con un cuadro que presenta como un hecho la correlación entre la intensidad de los sentimientos religiosos y patrióticos en casi todo el mundo, dando EE.UU. el máximo combinado de ambos. A mayor abundamiento, el gráfico exhibe un motivo de su hostilidad hacia China tan importante o más que el autoritarismo o el centralismo de ésta: la anomalía monstruosa de que China tenga un índice de patriotismo casi tan alto como el de EE.UU. junto a un sentimiento religioso casi nulo. Quizás esto permita un día, si conviene, etiquetar a China como nuevo «paladín del ateísmo» y combatirla en defensa de la tradición cristiana o abrahámica o de la libertad de culto o de la seguridad absoluta de EE.UU. o de lo que se tercie.

compartir sus aprendizajes y hallar sus formas justas de convivir en paz con los demás<sup>23</sup>.

La «Agenda del Norte», de las transnacionales, las grandes fortunas y los Estados Unidos a ellas por lazos fiscales privilegiados se resume en cuatro ítems: estabilidad financiera y cambiaria, liberalización comercial asimétrica, mejora del entorno de negocio, óptima seguridad armada —no ha cambiado desde Bretton Woods y la fundación de la OTAN—. Pero en su implementación se discrepa. Por ejemplo, la mayoría de los países prósperos aboliría los paraísos fiscales —refugio del dinero ilegal— y orientaría el capital liberado a reforzar mercados emergentes con inversiones, préstamos, ayuda y fondos estructurales, para activar un vigoroso *co-desarrollo semi-dependiente*, pero EE.UU. vetó la propuesta (en la OCDE); EE.UU. propugna el «libre» movimiento de capitales y los acuerdos bi- o multilaterales de «libre» comercio donde normas de propiedad intelectual feroces (Khor 2003, Shiva 2003), la liberalización del sector financiero y la privatización forzosa de los servicios públicos permiten a sus transnacionales adquirir los segmentos más rentables del sector terciario de sus «socios»<sup>24</sup>; y porque para muchos en EE.UU. la historia prueba que un equilibrio multipolar es insostenible a largo plazo y que sólo una hegemonía militar

indiscutible —que sus aliados deberían apoyar con más generosidad asumiendo el gasto militar (nacional, OTAN) como *la* prioridad del gasto público— asegura la paz.

El núcleo de la «Agenda de la ONU» es la Declaración del Milenio, firmada por 189 países (9/2000), pero en 2004 se sabe que no se avanza hacia los Objetivos; la situación *empeora*<sup>25</sup>. El avance de los años noventa se limitó casi a *algunas regiones* de China e India. El PNUD (2003) atribuye el fracaso a las políticas de ajuste *inadecuadas* impuestas a los países pobres, pues ni la liberalización, el buen gobierno o la justicia social aseguran el crecimiento económico y el desarrollo humano si trabas estructurales impiden alcanzar umbrales críticos de gobernabilidad, salud, educación, infraestructuras y acceso a mercados<sup>26</sup>. Esos países no son responsables de la mayoría de esas trabas ni pueden superarlas sin ayuda suficiente para crear y mantener servicios básicos e infraestructuras clave. Si se les ayudase a crecer al 3% anual, alcanzarían y sostendrían los Objetivos.

Cuando la Agenda del Norte defiende la libertad financiera omite *cuánto debe ser capaz de invertir por sí mismo* un país pobre para atraer capital privado. Por eso la ONU pide que aumente la Ayuda Oficial al Desarrollo y mejore su gestión, que el pago de la deuda externa se indique al

<sup>23</sup> Véase Amnistía Internacional, Greenpeace e Intermón Oxfam (2003), Díaz-Salazar (2002), George (2004), PNUD (2003), Tortosa (2003). Las tres agendas no son del todo incompatibles. Intentos de síntesis son Sebastián (2003) o Worldwatch Institute (2004). El supuesto tácito común a las posturas conciliadoras sería que la asignación de funciones económicas al mercado —bien regulado— o al Estado debe decidirse *democráticamente* en función de su respectiva capacidad local para asegurar la satisfacción equitativa de necesidades básicas, una mejora tendencial óptima de la productividad de los factores (la presunta primera bondad de la competencia mercantil), la sostenibilidad ecológica de la actividad y el aumento de la utilidad *real* (no nominal en moneda) de los bienes ofertados.

<sup>24</sup> Stiglitz (2004) afirma que las corporaciones estadounidenses están tan convencidas de la perfección del mercado en EE.UU. (incluidas las subvenciones, las restricciones a la competencia y el proteccionismo, en contra de los cuales están en *todos los demás* sectores y países) que atribuyen el hecho de que su cuota de mercado en otro país sea menor a la que tienen en EE.UU. a una regulación malintencionada que *debe* rectificarse, según sea el caso, liberalizando, desregulando o privatizando.

<sup>25</sup> Las Metas del Milenio para 2015 incluyen reducir la incidencia de hambre y de la falta de acceso a agua potable al 50% de 1990, reducir la mortalidad de menores de 5 años al 33% y la de parturientas al 25% de 1990; que todos los niños y *niñas* acaben un ciclo de primaria y alcanzar la paridad de género en niveles superiores; reducir la incidencia de HIV, paludismo, etc., mejorar las condiciones de vida de 100M de habitantes de barrios marginales para 2020 y crear empleos dignos para los jóvenes y darles acceso a las nuevas tecnologías. Los objetivos para los ricos, sin fecha ni meta cuantitativa, se reducen a hacer el sistema financiero más estable y abierto a los pobres, garantizar la sostenibilidad de su deuda, asegurar su acceso a medicamentos esenciales y ayudar a los Países Menos Adelantados, insulares y a los que carecen de litoral. (PNUD 2003) El incumplimiento del Pacto es masivo. El administrador del PNUD, Mark Mulloch, declaró en junio de 2004 que, al ritmo actual, África no alcanzaría de reducir la pobreza al 50% del nivel de 1990 hasta 2147. Véase <http://www.undp.org>.

<sup>26</sup> Entre otras, gobiernos corruptos, incompetentes o autoritarios, sin respeto a los derechos humanos; gran desigualdad social; bajo nivel de ahorro; baja inversión en salud y educación; población escasa o explosión demográfica; insularidad o carencia de litoral; degradación del agro, los bosques o las pesquerías; alta incidencia de desastres naturales o enfermedades infecciosas, baja productividad; barreras a, caída del valor de y dependencia de un monocultivo agrario o minero para sus exportaciones; deuda insostenible; una guerra reciente o en curso, etc.

PIB en lugar de a las exportaciones, que el Norte reduzca su proteccionismo directo e indirecto, que la OMC no sitúe el derecho de propiedad intelectual por encima del derecho a la salud, o la liberalización y privatización de servicios públicos sobre el derecho a que estos sean de calidad, universales, equitativos, económicos y dispongan de recursos para su mantenimiento y mejora en el tiempo. (Esta defensa del sector público choca con las presiones privatizadoras que los gobiernos de los países más pobres, y los demás, llevan décadas sufriendo).

Las ONG son la principal fuente local/global del conocimiento experto con que la ONU denuncia el neoliberalismo y sus perjuicios; suscriben su Agenda y *van más allá*. La ONU las relega a tareas de información, mediación y ejecución sobre el terreno, pues *aún* prefiere escenarios de encuentro asimétrico de gobiernos «donantes» y «receptores» bajo supervisión de sus funcionarios. Pero las ONG tienen vida y «agenda» propia. Toda presentación sucinta de las heteróclitas demandas de las ONG *enredadas en el movimiento por la ecojusticia global* encarnado en los Foros Sociales debe ser una gran simplificación, por ejemplo, un decálogo: (1) No violencia; (2) Derechos humanos, civiles, políticos, sociales, económicos y culturales plenos y universales; (3) Respeto a la diversidad y la inmigración; (4) Protección de *bienes comunes globales* —naturaleza, salud, energía, agua, comida, conocimiento, educación, diversidad cultural. (5) Control social democrático de la economía; (6) Economía orientada a las necesidades básicas antes que a la acumulación de capital; (7) Sostenibilidad ambiental; (8) Derecho a la producción y goce de la propia *cultura*; democratización de los medios de comunicación de masas; (9) Subsidiariedad de las administraciones públicas; (10) Instituciones

públicas y civiles que encarnen valores de libertad, igualdad, fraternidad y solidaridad.

Estos principios pueden traducirse en muchas políticas públicas distintas, pero su meta es clara: proteger de la expropiación mercantil la soberanía de todos los pueblos y naciones, hasta los más pobres, para que mantengan o recobren su seguridad alimentaria e hídrica, erradiquen el hambre, tengan servicios básicos de higiene, salud y educación, puedan acceder a medicamentos vitales y superen la discriminación y la violencia, étnica y de género; para que asuman y extiendan el respeto a los Derechos Humanos, democraticen y descentralicen el gobierno, participen como pares en organismos internacionales democráticos y se unan al desarme global —de las armas cortas a las BQN-; para que acabe la carga de la deuda, haya mercados financieros más accesibles y transparentes y menos volátiles, y un Mecanismo Global Anti-Monopolio; para que el proteccionismo, los oligopolios transnacionales y la biopiratería cedan al comercio justo, haya una fiscalización justa de las transferencias internacionales de capital y se exija a las empresas responsabilidad social y que creen empleos dignos y productivos. Gran parte del movimiento por la justicia global aspira a ser el sujeto emancipatorio que instituya el control social sobre la economía global en el siglo XXI<sup>27</sup>.

Estos tres «agentes protoimperiales» encajan fácilmente en tipos del registro medieval o imperial. En aquél los amos del aparato productivo-militar serían la nobleza feudal; la ONU, la incipiente burocracia papal que intenta extender su «Paz de Dios» secular; las ONG, concejos y gremios del Tercer Estado. En el segundo, la «Agenda del Norte» nuclearía un Imperio Global financiero-militar cuya forma estatal sería una ONU que antepondría la estabilidad económica a la so-

<sup>27</sup> Eso sugieren sus palabras: «[E]l actual modelo de desarrollo económico nos está llevando al colapso. El empobrecimiento de los países del Tercer Mundo es alarmante... Gigantescas corporaciones transnacionales, dedicadas especialmente a la especulación financiera, se configuran como un gobierno planetario en la sombra... [La] globalización neoliberal que predica la liberalización de los mercados, eliminando fronteras, es en realidad el mercado más monopólico de la historia... Ningún nivel de sufrimiento humano podrá, por sí mismo, hacer cambiar las políticas... Las élites buscan constantemente el modo de emplear a menos gente, de rebajar los sueldos, de eliminar los avances sociales adquiridos, de transferir los servicios públicos al mercado, de no pagar impuestos, etc... Las clases dominantes no ceden nunca su poder ni sus privilegios, y siempre quieren más, nunca se protegerá el medio ambiente sencillamente porque eso sea racional, y sería una locura creer que los logros de luchas pasadas son nuestros de una vez por todas... Esto implica, a la vez, que pongamos un límite al programa neoliberal de nuestros adversarios, y que imponamos medidas que puedan sustituir el sistema actual de capitalismo salvaje por un sistema cooperativo en el que los mercados tengan un sitio, pero no puedan dictar su ley al conjunto de la sociedad.» (DÍAZ-SALAZAR 2003: 195-196, 207, 350, 354) Por su parte, NEGRI (2003) parece decir que, en su forma empírica más obvia, el conflicto entre el Imperio y la Multitud se expresa hoy en la oposición del Movimiento por la Justicia Global al neocolonialismo belicista de EE.UU.

cial y la «guerra antiterrorista» a ambas, mientras las ONG movilizarían donativos y voluntarios para suplir las deficiencias del Estado en la provisión de servicios sociales. Pero hablar así es sólo un *juego* escolástico, un *capriccio* intelectual, hasta que se ensaye contra enfoques más acrisolados, como la teoría geoestratégica o el análisis de clases.

## 7. CONCLUSIÓN: GEOPOLÍTICA, CAPITALISMO, DEMOCRACIA E IMPERIO

Collins (1999) expone las pautas geoestratégicas de una región aislada: (i) la capacidad expansiva de un Estado depende de los recursos humanos y materiales movilizables —en relación a los de sus adversarios—; (ii) la competencia puede producir equilibrio pero, a largo plazo, algunos Estados acumulan ventajas y acaban chocando en feroces guerras hegemónicas que reducen su número o unifican la región; (iii) los Estados fronterizos —que tienden a agregarse— tienen ventajas logísticas sobre los centrales —que tienden a disgregarse—; (iv) la extensión excesiva mina la base de recursos y puede acarrear la desintegración del Estado. Pero ¿qué hace a un Estado ser agresivo, situarse en la vulnerable posición central y perseguir metas excesivas? La capacidad y ocasión de anexionarse «regiones nucleares», capaces de financiar su defensa y proporcionar un excedente adicional (Jones 1981).

La red de esas regiones es *el* centro geoestratégico en cada parte del mundo. Sus élites lo sobreexplotan, debilitándolo frente a rivales periféricos, a los que hay que conquistar para evitar sus constantes ataques, lo que lleva a la sobreextensión y ésta a la fragmentación, la crisis, la revolución o la conquista.

El centro geoestratégico concentra en abundancia un recurso vital. Si fuese el capital, hoy estaría en Nueva York, pero el mercado financiero sólo intercambia «títulos» sobre bienes. El recurso económico vital es el petróleo y, sin alternativas a gran escala y corto plazo, el centro del mundo es el área en torno al Golfo Pérsico, recientemente extendida, al norte, a la cuenca del Caspio, y al oeste, al Golfo de Guinea, pasando por Sudán y Chad<sup>28</sup>. La ocupación militar de Iraq por EE.UU. respondería a la pérdida de fiabilidad de sus aliados en la zona: con el inicio del fin de «la era del crudo barato»<sup>29</sup>, las élites árabes conservadoras intentarán aumentar su poder (Al-Qaeda sería un *adelantado* extraoficial del proceso) e Israel ha fracasado como potencia regional (las intifadas han probado que derrotaría a todos los ejércitos árabes juntos —o sobreviviría a la derrota por la disuasión nuclear— pero no podría ocuparlos ni garantizar la producción de crudo), lo cual, unido a su fracaso económico —los nuevos centros de negocios están en los emiratos—, le hace centrarse en su propia seguridad a fin de atraer y retener *a su propia población*. La asimetría demográfica entre israelíes —pese a la prolífica minoría fundamentalista—

<sup>28</sup> Las reservas de petróleo son un centro «disperso» que incluye al Caribe —de ahí los reiterados rescates financieros a México o la inestabilidad política de Venezuela— y al sudeste asiático —de ahí el interés de EE.UU. y Australia por la independencia de Timor Oriental—. El petróleo del Mar del Norte es, a su vez, el combustible del euroescepticismo británico y noruego.

<sup>29</sup> En dos décadas, la prospectiva crisis de oferta de hidrocarburos baratos ha pasado de asunto de debate especializado a lugar común de la prensa popular. Véanse, por ejemplo, los volúmenes de *Investigación y ciencia* de noviembre de 1989 (monográfico sobre *La gestión del planeta*) y mayo de 1998, y la edición en español de *National Geographic* de julio de 2004. En este sentido, el alza del precio del crudo —que alcanzó sucesivos máximos históricos en verano y otoño de 2004— evidenció que hasta ese mercado, *de un bien estratégico*, ya bastante oligopolístico en muchos segmentos, puede además precipitarse en una burbuja especulativa, al margen de la oferta y la demanda reales, porque la *pseudoliberalización* ha creado un mercado intermediario y de derivados (opciones, futuros, etc.) con una propensión «cortoplacista» y una irracionalidad gregaria idéntica a la de todos los mercados financieros insuficientemente o mal regulados. (La «coyuntura» alcista de 2004 se atribuyó inicialmente a la simultaneidad de varios hechos: la dificultad de exportar crudo iraquí debido a los sabotajes de la resistencia, los problemas fiscales y legales de la petrolera rusa Yukos, la inestabilidad política en Nigeria y Venezuela, la subida del impuesto a la exportación de crudo del 1% al 17% en Venezuela tras la consolidación de Chávez, las dudas sobre si la reserva estratégica de petróleo de EE.UU. se usaría y —en ese caso— bastaría para contener los precios ante el aumento de la demanda invernal de 2005; un incremento mucho mayor del previsto de la demanda de los países emergentes (sobre todo China e India, grandes beneficiarios de la *cuasi*-recesión del Norte), las huelgas «oportunistas» en las industrias petroleras de Brasil, Noruega y Nigeria, y hasta a la terrible temporada de huracanes en el Caribe ese verano. Tal acumulación de «coyunturas» hizo que algunos expertos aseverasen, ya a mediados de otoño, que los precios, aunque bajasen de los nuevos máximos, se mantendrían *estructuralmente altos* en el futuro. Pocos esperaban el fin de la era del petróleo barato tan pronto o tan rápido —véase Iranzo 2002:556—, pese a que es un conspicuo rasgo de los mercados el anticiparse constantemente a sí mismos).

y árabes hace inevitable un acuerdo de seguridad mutua —otra cosa es en qué términos para los palestinos— que reducirá la necesidad de apoyo, y por ende la influencia, de EE.UU. en la zona.

Lo mismo resultaría del fracaso de EE.UU. en Iraq. La R-1546 del UNSC *condicionó* su autorización de una Fuerza militar multinacional ocupante a la solicitud del Gobierno Provisional y del surgido de las elecciones de 2005, y a que estos tuvieran plena soberanía política y económica (salvo la gestión del Fondo de Desarrollo para Iraq, los ingresos del petróleo, que seguirían un tiempo bajo supervisión *de la ONU*) y total capacidad política y financiera para reconstruir unas fuerzas de seguridad cuya meta es hacer prescindibles a las tropas extranjeras hacia mediados de 2005. La presión internacional redefinió así la ocupación de Iraq como un hecho excepcional que no debe repetirse —un «accidente histórico»—. Cualquiera sea el futuro político y económico de Iraq y su entorno, lo esencial es que, de haber triunfado EE.UU., otras potencias habrían visto debilitada su posición —de ahí su inhibición o resistencia—, pero una derrota habría desacreditado a todo Occidente. Ahí entran, como «expedición de socorro» o factor corrector, y con una posición negociadora más fuerte que antes de la guerra, la ONU, para supervisar y avalar la transición democrática, y la OTAN, para formar técnica e ideológicamente a las nuevas fuerzas armadas y de seguridad iraquíes. Con esto y con todo, *puede* que, andando el tiempo, Arabia Saudí, Irán, Siria o hasta la UE adquieran más influencia en la zona que antes de la intervención de EE.UU. Incluso es posible a medio plazo, que EE.UU. ni tan siquiera logre conservar su mayor botín: el acuerdo del Consejo de Gobierno Provisional con el FMI (22/10/03) que sancionó la privatización to-

tal de la economía iraquí —menos el petróleo, reservado para pagar la deuda externa— y libertad absoluta para la inversión extranjera.

Así como Roma restañó las heridas de la sublevación de los aliados latinos extendiendo la ciudadanía romana a sus oligarquías, *puede* que en el futuro EE.UU. ignore menos los intereses de la enteente franco-alemana, o de China, India o Rusia, potencias en ascenso o recuperación. Si EE.UU. va a mantenerse como *hegemon* solvente de la Liga Imperial del Norte durante la transición, exitosa o no, a un modelo económico sostenible —como promotor, obstáculo o mezcla variable de ambos— deberá reajustar sus esfuerzos en pro del capitalismo y la democracia a favor de ésta. Porque un mercado sobredimensionado, que agota los recursos naturales y humanos, crea desigualdad y promueve intereses particulares no puede ofrecer los bienes públicos de que el pueblo se provee a través del proceso político y porque en una democracia la fuente de legitimidad de las políticas es el sufragio popular. Pero en el próximo futuro, los inversores seguirán financiando a los políticos según expectativas sobre productividad, inflación, tipos de interés y cambio, balanzas exteriores o déficit público, y los votantes elegirán entre ellos ante todo según la coyuntura del crecimiento de la renta y el empleo. La fuerza que EE.UU. ejerza en el exterior dependerá de su fuerza económica interna, de la de sus socios y rivales, de la voluntad de sus ciudadanías, y de la eficacia de las organizaciones intergubernamentales y populares —locales y metanacionales— que se opongan a la injusticia y la violencia.

No obstante, hay quien duda de si, desvirtuado como está el proceso político, EE.UU. es aún una democracia o siquiera un Estado soberano<sup>30</sup>. En otros casos no hay duda: Sonia Ghan-

<sup>30</sup> Boron cree que no hay un imperio americano sino una «lógica norteamericana de dominio... [al servicio de] el interés de los grandes conglomerados empresariales que controlan a su antojo el gobierno de EE.UU., el Congreso, el poder judicial, los grandes medios de comunicación de masas, las principales universidades y centros de estudio y todo un denso entramado que les permite detentar una formidable hegemonía sobre la sociedad civil.» (2003: 83-84) Susan George llama a EE.UU. «Estado empresarial militarizado.» (2004: 112) Y Vilas (este volumen) opina que, a día de hoy, el interés geoestratégico del Estado/ejército de EE.UU. y la estrategia deslocalizadora y expropiadora mundial de sus transnacionales convergen, lo que se manifiesta en la sinergia de sus respectivas acciones a favor de la globalización neoliberal. Esta simbiosis *presente* podría derivar de cómo ha resuelto EE.UU., desde el desarme fiscal de Reagan hasta hoy —y quizá mañana—, el dilema de cómo aumentar los ingresos de un Estado «mínimo» con un gasto militar constante, que se propone en torno al 4-5% del PIB, cuando los *lobbies* de negocios se oponen a todo aumento de la base, la presión o la progresividad fiscal y exigen lo opuesto. La solución mágica es la globalización de las transnacionales, que crea dos flujos para financiar los déficits público y comercial: los beneficios repatriados y el ahorro de los países neocolonizados, más seguros invertidos en bonos estadounidenses que en sus asediadas actividades productivas domésticas. Los límites económicos, ecológicos y políticos de tal *huida hacia delante* en un mundo que hacia 2050 se calcula tenga 8.500 ó 9.000 millones de habitantes se tratan con la política del avestruz.

di gana las elecciones generales en India (16/05/2004), al día siguiente la Bolsa de Nueva Delhi suspende las cotizaciones para evitar el *crack*, Sonia Ghandi renuncia a favor de Manmohan Singh —el «padre» del «milagro económico» indio—: 18/05/2004, la Bolsa de Nueva Delhi supera su máximo histórico. Por primera vez en la historia, una «clase» gobernaría sin necesidad de organizarse formalmente, pagar un ejército o una administración, o aun de emitir órdenes. Dicho al modo de Hirschmann (1970), corporaciones sin lealtad alguna no precisan ya casi usar la voz; la salida es tan rápida y barata que les confiere una inmensa capacidad disuasoria. Los Estados sin salida no tienen más recurso que la sumisión o la voz —si se les oye— pues toda regulación que los agentes corporativos juzguen desleal puede ser rauda y rigurosamente represaliada.

Sabemos más de los pobres que de los ricos. La «clase dominante» elude la investigación social; creemos saber que los segmentos de la clase capitalista hoy hegemónicos serían los propietarios y gestores de corporaciones empresariales y financieras transnacionales, los profesionales liberales y/o funcionarios de las burocracias estatales e interestatales y los centros superiores de enseñanza, investigación, propaganda y noticias (clases de servicio), las cúpulas de los partidos que profesan o respetan el neoliberalismo del Consenso de Washington («fundamentalismo de mercado»), y los grupos profesionales y laborales que crean beneficiarse del aumento y polarización del rango de desigualdad de ingresos entre estratos, clases y países que produce este modo de dominación.

Los mandamientos del fundamentalismo de mercado se resumen en dos: (i) la plena y soberana libertad económica individual prescribe la absoluta insolidaridad fiscal: todo impuesto sobre rentas o beneficios es un robo, menos una *capitación* para mantener un Estado limitado a las fuerzas armadas y de seguridad, la judicatura y un legislativo-ejecutivo mínimo que formalice las leyes que «la sociedad civil» dicte; (ii) *Cualquier* bien que una persona desee poseer, usar, consu-

mir o experimentar lo obtendrá del modo más eficiente, en cuanto a asignación de recursos y, por ende, al menor precio, mediante transacción en un mercado «libre»; esto es, *todo* puede convertirse en mercancía, si no se prueba lo contrario y, por tanto, el poder público *debe* permitir y colaborar a que así sea. Susan George observa que «Los argumentos son infinitos, pero se reducen a la sencilla afirmación de que todas las cosas y todos los lugares pertenecen al mercado. El tamaño y el valor de ese mercado [v. gr., los bajos ingresos de las transnacionales farmacéuticas por venta de retrovirales en África] no importan...» (2004: 210)<sup>31</sup>. A la variedad de grupos/fuerzas sociales unidas por esa ideología dominante (pensamiento único) puede llamárselas, por mor de la simplicidad, «plutocracia».

Desde 1945 la plutocracia temió que la implementación del modelo socialdemócrata desembocase en una forma trabada y sólida de «socialismo-cum-democracia». Desde entonces ha hecho un esfuerzo financiero y cultural inmenso para persuadir al mundo de que el mercado, y cuanto más regulado a favor de los negocios mejor, es la condición necesaria y suficiente de la libertad política y el bienestar material general. Esto es falso. Si un mercado provee de modo ecológicamente sostenible una plétora de bienes baratos y de calidad, frecuentemente mejorados por la innovación, es una excepción a la regla y siempre el efecto de una regulación pública inusualmente acertada y de una coyuntura singular en todo aspecto. El mercado perfecto sólo existen en teoría; los reales tienden a su autodestrucción (agotamiento de recursos, concentración monopolística, explotación del trabajador y el consumidor hasta estrangular la demanda, incapacidad para asignar recursos suficientes a mantener y mejorar la capacidad instalada, etc.) Y hoy más que nunca, los medios técnicos de gestión y la educación de los ciudadanos hace posible y plausible una regulación social del mercado. Esta es la posibilidad a ocultar.

La plausibilidad del modelo socialista se basa en tres argumentos. Uno, es claro que la larga cri-

<sup>31</sup> La fe en la superioridad técnica y moral del mercado indujo la negociación secreta del Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) en el ámbito de la OCDE. Frustrado por la contestación popular en 1998, el AMI hacía de empresas y Estados *estamentos* con derechos claramente jerarquizados: todo el derecho a reclamar daños por normas que afecten a sus beneficios —incluso futuros—, para las firmas; nulo derecho de reclamación por mala gestión ecológica o daños sociales de las firmas, para los Estados, y aún menos los ciudadanos. El AMI se está incorporando a tratados bilaterales de libre comercio.

sis estructural deriva de la doble incapacidad del capitalismo para no rebasar los límites ecológicos y para incluir una población creciente en un sistema de explotación que, sin pretenderlo, les da poder de autodeterminación; no sabe cómo crecer de modo sostenible y a la par mantener la indignancia y la impotencia política de unas masas de las que desconfía culturalmente. Dos, ya es indudable que la movilización eficiente de medios económicos, equitativamente distribuidos, podría ofrecer niveles de nutrición, vestido, vivienda, salud y educación decentes a toda la población mundial; hay recursos técnicos y culturales para aumentar esa eficiencia (von Weiszäcker 1997) y para contener el crecimiento demográfico mundial; y hay medios coercitivos de sobra para sancionar a los grupos sociales o étnicos que persistan en prácticas productivas o demográficas destructivas y antagonísticas. Tres, el hecho de que unos miles de firmas productivas y agentes de inversión —de las que unas decenas actúan como «líderes de la manada»— provea ya la mayoría de los bienes comerciales, y que buena parte de su capital lo posean millones de pequeños ahorradores que participan de fondos de inversión o de pensiones permite actualizar el argumento de Schumpeter y Galbraith sobre el carácter «socialista» de la separación entre propiedad y gestión en el gran consorcio industrial. Esta forma compleja de propiedad y gestión «colectivas» de la producción y la distribución es hoy poco «igualitaria» porque produce y se alimenta de esa desigualdad, pero éste rasgo del sistema no es *necesario*. De hecho, el capitalismo opera muy lejos del «equilibrio óptimo» de un «grado de desigualdad eficiente» en el que la mayoría coopera porque cierto nivel de bienestar está asegurado por y para todos, hay margen para premiar los esfuerzos y logros extraordinarios, y no se consienten gorriones.

Un socialismo democrático y de mercado es posible y eso basta para que la plutocracia no lo mencione o se burle de quien lo haga. O cree la apariencia económica y política de su imposibi-

lidad. Desde fines de los años sesenta, la economía ha estado a menudo en crisis a causa de recesiones *provocadas* para debilitar la posición negociadora, en el mercado y la política, de asalariados y pequeños productores, nacionales o foráneos (Bowles 1983). El crecimiento débil —de alto beneficio, reinvertido en inmuebles, valores y exceso de capacidad pero de alta tecnología— con creación insuficiente de empleo, mayoritariamente precario y mal pagado, ha sido la panacea para disciplinar a los trabajadores. (Muchos han sido llevados a asumir los riesgos de mercados realmente competitivos al obligarles a redefinirse como autónomos; y el mismo individualismo de «sálvese quien pueda» entre estos y los asalariados vuelve implausible y aborta la acción colectiva). Y también ha «reeducado» a los Estados, forzados a reducir su progresividad fiscal y sus déficits, que ya no pueden servir a políticas expansivas... excepto en EE.UU. bajo Reagan y los Bush (o en la UE que «relaja» el rigor del Pacto de Estabilidad cuando países grandes rozan la recesión).

Precisamente porque lo único que emepece el desarrollo teórico y práctico (cooperativas de producción o consumo, empresas no lucrativas, cogestión y copropiedad, cadenas de comercio justo, fondos de inversión ética, *software* libre, etc.) de esta posibilidad es la desunión de sus partidarios<sup>32</sup>, se hace necesario establecer preventivamente, incluso por la fuerza, el control ideológico y político en los países centrales del sistema. En los últimos años, en especial desde el golpe de Estado «de palacio» del Tribunal Supremo de EE.UU., que proclamó presidente a G.W. Bush impidiendo acabar el recuento electoral, la plutocracia está osando reintroducir gobiernos autoritarios. No partidos nazi-fascistas ni juntas militares, claro, que la mayoría de la población ha aprendido a odiar con fervor, sino otro tipo autoritario que pocos no especialistas identifican: la administración Bush es *bonapartista* —por Napoleón III, el de las aventuras imperiales en México e Indochina— (Pastor 1977), y aliados con

<sup>32</sup> Conviene recordar aquí los debates sobre los efectos estructurales de la separación entre propiedad y control de las grandes empresas (BELTRÁN 2003). De ellos se desprende que las inhibidoras disensiones entre los actores sociales y políticos «socializantes» obedecen a diferencias sustantivas en sus propuestas para remediar o aliviar los múltiples conflictos estructurales de intereses del sistema económico (entre los varios rangos de propietarios, directivos, y empleados; entre tipos de productores y consumidores, entre la administración y el sector público, los sectores privados con y sin ánimo de lucro y las organizaciones de servicio voluntario, etc.), sin olvidar los intereses creados de los propios miembros de movimientos y organizaciones que compiten entre sí por el apoyo, entre otras posibles clientelas, de una misma masa de opinión «progresista».

nostalgias del pasado imperial e inclinación personal a la megalomanía —Aznar, Berlusconi, Blair, Sharon— también han dado ese cariz proimperialismo económico y político a sus ejecutivos. Por mimetismo y oportunismo Rusia y China parecen ir en la misma dirección.

Así pues, el enfoque político-geoestratégico y el de clases convergen en una imagen coherente: la plutocracia ejerce un dominio variable sobre la sociedad civil mundial, a nivel infraestructural, a través de los inciertos mercados mediante la globalización de las transnacionales y las grandes agencias de inversión y, a nivel super-estructural, a través de los nunca del todo fiables Estados, en especial mediante el gobierno imperial «colegiado» de los países más poderosos, sobre los que EE.UU. intentó imponerse, con poco éxito, merced al alarde de la invasión de Iraq<sup>33</sup>. Dicho esto, ¿qué puede añadir el enfoque pseudo-semiológico sobre el Imperio como *tropo performativo*?

Tres cosas. La primera, constatar honradamente que no hay ningún imperio, pero sí un *nicho de gobernanza global* cuyo diseño, construcción, ocupación y conducción está en disputa. La plutocracia internacional lleva la iniciativa pero no logra imponer la *dictadura del capital* debido a conflictos internos de intereses y con algunos Estados «socios», aún más cuando logran instrumentalizar a la ONU, con las agencias «sociales» de ésta y con el Movimiento por la Justicia Global. La ONU no sueña con una transferencia de soberanías nacionales —menos aún con un monopolio de la violencia legítima global— sino que se limita a crear por consenso un corpus jurídico que procura expresar los valores y metas más altos de la Humanidad. Los países que lo suscriben se adscriben a la *logia* que aspira a detentar la máxima autoridad moral global<sup>34</sup>. No obstante, acaso en defensa de su supervivencia, la ONU siempre acaba respaldando, con decoro si

<sup>33</sup> Una popularización de este argumento, aunque centrando el protagonismo en parte de la plutocracia estadounidense, cierra el documental de Michael Moore (2004) *Fahrenheit 9/11*. En su frase final reduce la causa última de la invasión de Afganistán e Iraq por EE.UU. a la imperiosa necesidad de su élite de negocios de mantener una estructura social injusta de la que se beneficia inmensamente. Lo más curioso de esa proposición es que coincide exactamente con la justificación *explícita* con la que los ideólogos reaccionarios estadounidenses de fines del siglo XIX reclamaban al Estado una política imperialista y colonial. Entonces, como ahora, el público fue enardecido por los medios de comunicación —en lugar de los periódicos de Hearst y Pulitzer están las cadenas de televisión Fox y CNN-AOL Time Warner; entonces se dijo que liberarían a cubanos y filipinos de la tiranía española sin mencionar al cártel del azúcar y ahora se ha dicho que liberarían a los árabes, los musulmanes y al mundo de algunos pequeños tiranos y una inmensa amenaza terrorista. Mencionar el petróleo se juzga una afrenta antipatriótica, un acto subversivo. (Además, como dijo alguien de Defensa, si fuese por el petróleo Venezuela está más cerca de Iraq. Demasiado cerca, de hecho, y por eso la estrategia no es la agresión, sino la subversión —y, además, su petróleo es más costoso y de peor calidad—). ¿Sufrió EE.UU. en 2001 una regresión a 1898? El caso es que la intervención en Iraq parece modelada sobre el precedente de Cuba: derrota relámpago de un ejército en neta inferioridad, invasión y ocupación fulgurantes, instauración inmediata y consolidación rápida de un gobierno afín dócil, apoderamiento de los principales recursos locales por empresas de EE.UU. y retirada de las tropas. A la luz de la historia cubana en el siglo XX, EE.UU. quizá habría debido tomar como modelo agresiones menos infaustas.

<sup>34</sup> La oposición ONU-EE.UU. es total en dos puntos. Uno, EE.UU. tiene el *record* mundial en no firmar, ratificar o denunciar tratados internacionales de control de armamentos, protección del medio ambiente, protección de los derechos de los trabajadores, las mujeres o los niños, declaraciones de derechos económicos, sociales y culturales, etc.; intentó boicotear la creación del Tribunal Internacional para juzgar crímenes de guerra y delitos contra la Humanidad y presiona para firmar acuerdos bilaterales de impunidad mutua incluso con países con una reciente historia de graves episodios de violencia. (DU BOFF 2003, PNUD 2003, SOROS 2004) El otro, el derecho de intervención armada por motivos humanitarios articulado por la ONU, que se basa en dos premisas: que un Estado no cumpla su *obligación de proteger* a su población y, expresamente, que «siempre habrá que pedir autorización al Consejo de Seguridad antes de emprender una intervención militar» (SOROS 2004:115). El gobierno de EE.UU. ha probado en Iraq que está dispuesto a soslayar esa condición a su conveniencia, y no ya por inoperancia de la ONU (como en Bosnia, Kosovo o Ruanda), sino cuando hay fundadas dudas sobre la legitimidad del caso. Es cuestión de principios, de la fobia del gobierno y el pueblo de EE.UU. a ceder soberanía a órganos metanacionales. Si hay en el mundo un Estado-Nación que no está en crisis es EE.UU. (y gracias a su protección Israel puede ningunear a la ONU y asumir *de facto* que basta el beneplácito de EE.UU. para anexionarse Cisjordania y reeditar el *apartheid* convirtiendo en *bantustanes* los pueblos, ciudades y campos de refugiados palestinos mediante el nuevo e ilegal «muro de la vergüenza»). Sobre el papel de la metáfora «EE.UU., *Nuevo Israel* de Dios» en la política exterior estadounidense, en la alianza política entre fundamentalistas protestantes (y capitalistas) estadounidenses y fundamentalistas judíos (y sionistas) israelíes -y estadounidenses— y en su común negativa a reconocer y reforzar la superioridad moral de la ONU, véase GALTUNG 1999 y los textos finales de PARFFREY 2002. (Véase también la nota 1 de este texto). Y, como ejemplo, no se olvide que G.W. Bush, cuando se vio por primera vez por delante en las encuestas electorales, tras el éxito de propaganda de la Convención Republicana —en *Nueva York en vísperas del 11/S* de 2004—, proclamó tener un plan, secreto, claro, «para luchar contra el terror y el demonio» (consulten los incrédulos la prensa de esas fechas) con el que confiaba en llevar la democracia «al Gran Oriente Medio» y garantizar así la seguridad de EE.UU. Es muy probable que este eufemístico neologismo geográfico se refiriese a los planes de los nacionalistas y sionistas más reaccionarios y militaristas de EE.UU. e Israel para invadir Irán y Siria, y quizá también el Líbano y Arabia Saudí en caso necesario.

puede, a los poderosos (hasta ofreció un blanqueo de reputaciones a grandes transnacionales en cuestión de derechos humanos, laborales y medio ambiente: el *Pacto Mundial*, sin inspecciones independientes de su cumplimiento). Por último, la sociedad civil organizada en redes de movimientos contra la globalización neoliberal avanza en el imaginario moral de la opinión pública, pero menos en influencia política.

Hasta una líder emblemática como Susan George duda del éxito del Movimiento por la Justicia Global, si no se produce una movilización *masiva* de la ciudadanía europea en defensa del Modelo Social Europeo, un plan de control fiscal de las empresas y finanzas transnacionales (tasa Tobin-Spahn), impuestos pigouvianos nacionales, la cancelación de la deuda abusiva y un «Plan Marshall» para el desarrollo sostenible del Tercer Mundo<sup>35</sup>. Este programa socialdemócrata es casi de extrema izquierda hoy, cuando los liberales devienen «aristócratas» —piden exención fiscal por derecho de propiedad— y los conservadores, *bonapartistas*. El movimiento parece ir a contracorriente de la historia al reivindicar democráticas agencias keynesianas de control monetario y fiscal global. La propia George cree prematura la creación de un «gobierno mundial» *porque* lo coparían las clases y Estados dominantes —liderados quizá por el «Grupo de Bilderberg», mucho más opaco, exclusivo e influyente que Davos o la Trilateral, y su mejor candidato actual a gobierno mundial *en la sombra*—; pero también cree que el Foro Social Mundial podría cooperar con el Foro Parlamentario Mundial para incorporar algunas de sus propuestas en leyes y tratados. Sería un comienzo.

Esta observación permite hacer una segunda cosa: admitir honradamente que «Imperio» es un

término retórico —a algunos neoconservadores estadounidenses les place, otros les insultan con él— y en este texto es un *macguffin*, un señuelo. Porque lo que está en juego es la unificación de la Humanidad bajo una sola *Ley* —en el arcaico sentido que esta voz toma en «la Ley de Dios» (sea cual sea el dios)—. Negri ha tenido una gran intuición: habrá un derecho de gentes global, y la plutocracia, a través de EE.UU. y otros agentes, dictará sobre la marcha normas de derecho consuetudinario. Frente a esta pretensión, la ONU y muchos países y movimientos sociales apelan a la tradición constitucional del Derecho elaborado por parlamentos democráticos. A su vez, muchas élites islámicas se inclinan en parte —sus pueblos aún más— por la defensa de sus propias tradiciones legales, violentamente en ocasiones, conforme a su tradición histórico-cultural así como por la inercia de su largo combate contra el expansionismo sionista. Lo que se juega es la institucionalización de las fuentes, alcance, contenidos y legitimidad de una Ley a escala planetaria. Las personas de ideas ilustradas, humanistas y progresistas aspiran a que esa ley refleje, tras su elaboración democrática, una *weltanschauung* cosmopolita pero, obviando que los demócratas (Estados, gobiernos y poblaciones) bien pueden ser hoy una minoría en el mundo, tampoco se puede asegurar que la democracia aumente o aún mantenga en el futuro el peso institucional que ha tenido en la modernidad reciente.

Lo último, es considerar honradamente que quizá vivamos un declive de la democracia. Collins (1999) define el arreglo institucional para la resolución pública y dialógica de conflictos sociales que llamamos democracia como la unión de dos elementos: órganos de gobierno colegiado

<sup>35</sup> «Creo que ya es evidente que la clase dirigente de Estados Unidos se opondrá a cualquier impulso significativo hacia un mundo ecológicamente sostenible, socialmente responsable y humanamente viable. Este mundo sólo puede ser construido mediante la cooperación, por naciones que acepten jugar con las mismas reglas, incluidas unas reglas que frenen el poder de los mercados... [Ante esto] quizá Europa no dé la talla, o ni siquiera lo intente, pero sin ella me temo que el sueño de otro mundo posible será finalmente sólo eso: un sueño... [L]os ciudadanos europeos tendrán que encabezar esta transformación, porque casi seguro que sus gobiernos no lo harán de forma espontánea... La mayor parte del movimiento por la justicia global propone lo que equivale a un modelo europeo universal basado en la tributación, la redistribución y la participación democrática... Pese a los muchos ataques sufridos, este modelo sigue existiendo al menos parcialmente hoy. En él está la amenaza para Estados Unidos... Estados Unidos no desea que su sistema social, precario e inadecuado, sea comparado con ninguno mejor, como el que aún existe en Europa... Este modelo, en el mejor de los casos, se basa en la solidaridad, la inclusión y el sentimiento de obligación hacia quienes no pueden trabajar y los menos afortunados, tanto dentro del país como en el extranjero... O nos convertimos en un auténtico movimiento de masas y, por tanto, nadie nos podrá detener, o nos convertimos en unos marginados, incluso criminalizados, y el Gran Gigante de la Globalización nos alcanzará y nos aplastará... Si no nos hacemos más fuertes, nos debilitaremos y, en última instancia no contaremos para nada... [Y] si conseguimos poner en entredicho a la última encarnación del capitalismo, debemos esperar represalias.» (GEORGE 2004: 113-123, 230-231).

y un derecho de sufragio amplio para elegir a sus miembros. El gobierno colegiado surgiría cuando las facciones de «magnates» llegan a un equilibrio de poder en el que, una vez lograda cierta confianza mutua, resulta mejor negociar que continuar el viejo ciclo de venganzas y represalias. Pero que sean los —¡y las!— comunes, y de forma masiva, quienes decidan por votación la proporción de las facciones en las instituciones es una idea tan disparatada —desde la óptica de las élites, como cualquiera entenderá— que sólo se realiza en raros momentos.

La extensión moderna del sufragio resulta de la acumulación de recursos económicos, en el trabajo fabril, y culturales, en la educación pública, por las masas; pero estos sólo son factores facilitadores. El pueblo logra la soberanía *únicamente* cuando capitaliza el ser imprescindible *militarmente*. La falange hoplita del Ática de Pericles, los batallones de alabarderos de las ciudades italianas, flamencas y los cantones suizos —capaces de desbaratar una carga de caballeros acorazados— en la baja Edad Media, y los regimientos de fusileros movilizados en masa por todos los ejércitos nacionales desde 1776/1789 sustentaron, respectivamente, la democracia al modo de Atenas, el municipio medieval y la democracia poliárquica actual. Mercenarios helénicos (la falange macedonia, la legión romana) y ejércitos regios (mosqueteros y artilleros) desde el s. XV casi acabaron con las primeras dos formas, y los actuales ejércitos *high-tech* de soldados profesionales bien pueden acabar con la modalidad actual. No es necesario que las democracias sean derrotadas por potencias oligárquicas (¿China en las pesadillas del Pentágono?). Basta que confluyan el desinterés electoral —tradicional en EE.UU., creciente en la UE— con el ascenso de partidos neofascistas, neobonapartistas y neoliberales. La apatía ciudadana es tan destructiva —y mucho menos costosa y deslegitimadora para el poder— como un golpe de Estado.

Para concluir, diré que hay metáforas buenas para pensar. Algunos autores ven la raíz del mal en un sistema económico «bulímico» o «vampi-

resco» y subrayan que está en la naturaleza de la bestia succionar hasta la última gota de vida de su víctima, así que bien podríamos alcanzar un día no muy lejano, según cálculos razonables, un caldeamiento global similar al que casi acabó con la vida hace unos 250 millones de años. Nuestra soberbia político-tecnológica nos hace soñar que, entonces, *el pueblo* impondrá la «economía de guerra (!) de restauración ecológica», evitará la catástrofe y gobernará en democracia para siempre. Pero colectivos poderosos pueden sentirse más inclinados a la fantasía del filme *When Worlds Collide* (Rudolph Maté 1951), donde sólo un grupo de héroes científico-militares se salva en su arca-cohete y abandona a su suerte fatal al resto de la Humanidad. La destrucción *temporal* de la Tierra es el clímax, en una «lógica-fantástica», del ansia del «mercado» por tener un estatuto exclusivo de plena extraterritorialidad y absoluta autorregulación, exento de toda injerencia estatal (salvo la protección judicial-militar). El problema de esas fantasías es que el mercado no avisará de la inminencia de la catástrofe, puse los precios se formarán, hasta el final, en función de la demanda y la oferta —que crece con la escasez, al aumentar el precio, incentivando el agotamiento de los recursos— y sin emitir señal monetaria alguna sobre la cuantía de las reservas —lo que queda en la ampolleta superior del reloj de arena—<sup>36</sup>.

Pensar mediante fantasías, como sueñan con imperios los agentes globalizadores, parece fútil, pero, como sabe quien comprende el espíritu trágico, fantasías y sueños influyen poderosamente en nuestros actos y son una fuerza terriblemente eficaz a la hora de cometer atrocidades y arruinar(nos) la vida. Por eso es vital la *movilización* en pro de políticas que instauren un eco-regulador keynesiano global, el desarrollo humano de los países pobres, la educación universal de las niñas, la *lucha contra* los fundamentalismos, la profundización democrática y la *defensa* del Estado de Derecho contra toda asechanza autoritaria. Pero al decirlo *así* reproduzco la metáfora *antagonista* del autoritarismo, la que hace que el integrista evangélico

<sup>36</sup> Este no es un escenario de fantasía. El «invierno nuclear» causado por la explosión del volcán Toba, hace unos 70.000 años, redujo la población humana a unos pocos miles de individuos. Se ha sugerido que el intercambio ritual de mujeres (exogamia) y otros bienes (diplomacia, comercio), pudo surgir entonces como estrategia de pequeñas bandas —etológicamente autárquicas— que buscaron más interacción para crear la solidaridad intergrupala necesaria para sobrevivir en las nuevas condiciones. Quizá necesitemos reeditar la catástrofe para inventar nuevas prácticas capaces de generar solidaridad.

G.W. Bush crea sinceramente que, vencido y desarmado el ejército rojo, Occidente debe combatir al Islam hasta destruir en él toda voluntad de resistencia a *nuestros* productos materiales y «valores». Es la metáfora que ha llevado a tantos, sobre todo en EE.UU., a temer por su seguridad física a causa del terrorismo y a olvidar por completo la amenaza que para su seguridad *física y moral* supone el régimen de dominación, opresión y explotación de la globalización darwinista social, neoliberal, bonapartista y fundamentalista cristiana<sup>37</sup>.

Hay otra metáfora: «Todos somos parte de una inmensa sociedad de liberación mutua.» (George 2004: 201) Ojalá ésta, y otras, mejoren nuestros sueños y fantasías. Ojalá, pues mientras perdemos el tiempo jugando a juegos tontos como llamar «Imperio» a nuestras fantasías, sueños o pesadillas, de gobierno global, la muy real *globalización del consumismo*, impulsada por las transnacionales industriales y financieras y respaldada por los 1.800 millones de miembros de la «clase consumidora» global, y un número similar de aspirantes más o menos plausibles a incorporarse a ella en todo el mundo, ha llevado al sistema económico con que devastamos el planeta a una situación económica, social y ecológicamente insostenible *a corto plazo*. (Worldwatch Institute 2004)

Y también *políticamente*. Mientras Estados ruines y arruinados promueven circunscritos apocalipsis de una parte de su población, ante la indiferencia o la incapacidad política mundial — en la región africana de los Grandes Lagos, en Corea del Norte o en Darfur (Sudán)—, EE.UU.

intenta controlar militarmente el mercado global del petróleo porque muchos sabios economistas sostienen, insensatamente, que incluso el *consumo* ineficiente en términos de satisfacción de necesidades básicas y bienestar general, y producido de modo ecológicamente insostenible, es un medio de *creación*, y no de *destrucción*, de riqueza. Visto así, el poder geoestratégico se mide en dólares de PIB —a mayor mercado más poder sobre los proveedores— y salta la alarma cuando la auditora transnacional Goldman Sachs publica que, en el año 2050, China e India serán potencias económicas al nivel de EE.UU. — y Brasil o Rusia al de Alemania o Japón—, que el futuro del comercio mundial *está* en Asia y que Occidente debe hacerse con suficiente tajada de él para mantener su primacía política sobre los países en ascenso de la región; esto depende de su poder negociador en foros globales (como la OMC), y esto a su vez de su control de recursos clave —hidrocarburos, financiación, servicios a empresas, tecnología, *seguridad*, etc.<sup>38</sup>. Pero es imposible saber si las maniobras actuales tendrán utilidad el día inexorable en que el interés público en la eficiencia en términos de sostenibilidad prevalezca políticamente sobre el interés privado en la eficiencia de la acumulación bruta de capital. Mucho antes de 2050 graves crisis de oferta de hidrocarburos, o de *agua*, acaso prueben que un «área» con alta capacidad de innovación técnica y de movilización cívica, y con niveles de desigualdad social y gasto militar limitados puede tener más probabilidades de «éxito» que el más agresivo y vasto «imperio».

<sup>37</sup> No hay relación teórica sólida entre evolucionismo darwiniano y teoría económica. (Hodgson 1993) Pero si se define arbitrariamente al individuo humano como un ser inclinado *por naturaleza* al cálculo egoísta en la medida de su capacidad cognitiva, entonces ya puede protagonizar todos los mitos que, en economía o biología, respondan al *slogan* de «la supervivencia del más apto en la lucha por la vida» —creado por Herbert Spencer *antes* de la publicación de *El origen de las especies*—. Así, por ejemplo, la *London School of Economics* celebra y edita los «Darwin Seminars», donde evolucionistas señeros presentan resultados recientes y especulan sobre sus aplicaciones a los seres humanos. Una muestra es Tudge (1998) quien *simple-mente* identifica «cooperación» con «intercambio»: «Lo más importante de las teorías de [Clive] Gamble [un paleoantropólogo de la Universidad de Southampton] es la idea de que los individuos de la raza de Cro-Magnon cooperaban: comerciaban con herramientas —de lo cual hay pruebas evidentes— y también intercambiaban información. De este modo, Gamble plantea que la era del comercio (y de la información) es extremadamente antigua. Esto concuerda asimismo con la tesis del excelente libro de Matt Ridley, *The Origins of Virtue*: los seres humanos son de manera innata criaturas cooperantes y han estado negociando en realidad desde tiempos muy antiguos.» (1998: 47-48) Si «Darwin» es sólo el disfraz «científico» del Spencer ideólogo, un fundamentalista, incluso *creacionista*, no tiene motivos para rechazarlo. En esa línea, Tudge celebra la más alta virtud puritana al decir que los laboriosos agricultores no podían perder la pelea del desarrollo cultural con los perezosos cazadores. (En una distorsión estúpida o perversa del informado ensayo de Diamond (1998), Tudge hace de la historia universal una caricatura de «la Conquista del Oeste»).

<sup>38</sup> Informe recogido en el Boletín de Información Comercial Española, del Ministerio de Industria. <http://www.elmundo.es> (14.08.04).

**BIBLIOGRAFÍA**

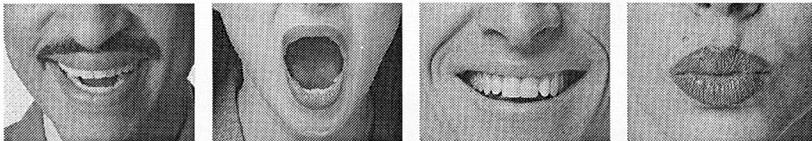
- AGUIRRE, Mariano y BENNIS, Phyllis (2003): *La ideología neoimperial. La crisis de EE.UU. con Irak*. Icaria.
- ALBROW, Martin y KING, Elisabeth (ed.) (1990): *Globalization, Knowledge and Society*. Sage.
- ALFÖLDY, Géza (1984): *Historia social de Roma*. Alianza.
- Amnistía Internacional-Greenpeace-Intermón Oxfam (2003): *Elecciones Generales 2004 — Por un país comprometido con los derechos humanos, la lucha contra la pobreza y el respeto al medio ambiente*. [http://www.intermonoxfam.org/cms/HTML/espanol/1055/manifiesto\\_conjunto\\_elecciones\\_generales.pdf](http://www.intermonoxfam.org/cms/HTML/espanol/1055/manifiesto_conjunto_elecciones_generales.pdf).
- ANDERSON, Perry (1993): *Transiciones de la anti-güedad al feudalismo*. Siglo XXI.
- ARON, Raymond (1976): *La república imperial: los Estados Unidos en el mundo (1945-1972)*. Alianza.
- BARRY, Robert (2003): «Why we are not prepared to win the peace in Iraq», 07.03.03; <http://www.basicint.org/iraqconflict/Pubs/Discusion~Papers/DS070303.htm>
- BELTRÁN, Miguel (2003): «Accionistas y managers profesionales: ¿sigue siendo capitalista el capitalismo?», *Revista Española de Sociología* 3: 7-27.
- BORON, Atilio (2003): *Imperio & imperialismo. Una lectura crítica de Hardt y Negri*. El viejo topo.
- BOWLES, Samuel; GORDON, David M., WEISSKOPF, Thomas E. (1983): *La economía de despilfarro*. Alianza.
- BRIGHT, Chris (2003): «La historia de nuestro futuro», en Worldwatch Institute, *La situación del mundo 2003*, pp. 31-48. Icaria-FUHEM.
- CALLINICOS, Alex (2003): «The Grand Strategy of American Empire» (abbreviated by Mike Tait). *Socialist Review*, otoño; <http://www.globalpolicy.org/empire/interventio/2003/0711callinicos.htm>.
- CARTON, Bruno (2003): «El petróleo, clave de la dominación económica», en Samir Amin y François Houtart (eds.) *Mundialización de las resistencias. El Estado de las luchas 2003*. Icaria.
- CIPOLLA, Carlo M. (1967): *Cañones y velas*. Ariel.
- CLARK, W. (2003): «Las verdaderas razones para la próxima guerra en Irak. Un análisis macroeconómico y geoestratégico de la verdad que no se menciona», *Independent Media Center*, <http://www.laneta.apc.org/sclc/desmilitarizacion/documentos/porlapaz/200301clark.htm>.
- COELLO, Isabel (2004): «Apocalipsis Ruanda». *El dominical*, 14/03/04: 44-50.
- COLINVAUX, Pierre (1981): *El destino de las naciones*. Belgrano.
- COLLINS, Randall (1999): *Macrohistory*. Stanford.
- COLOMBO, Furio (1973): «Poder, grupos y conflicto en la sociedad neofeudal», en Eco, *et al.*, págs 35-72.
- CROSBY, Alfred W. (1986): *Imperialismo ecológico*. Crítica.
- DALLAIRE, Rómeo (2003): *Shake hands with the devil. The failure of Humanity in Rwanda*. Random House.
- DEBEIR, Jean-Claude; DELÉAGE, Jean-Paul y HÉMERY, Daniel (1986): *In the servitude of power. Energy and civilization through the ages*. Zed books.
- DIAMOND, Jared (1998): *Armas, gérmenes y acero*. Debate.
- DÍAZ-SALAZAR, Rafael (ed.) (2002): *Justicia global*. Icaria.
- DOUTHWAITE, Richard (1992): *The growth illusion. How economic growth has enriched the few, impoverished the many, and endangered the planet*. Council Oak Books.
- DU BOFF, Richard (2003): «Mirror, Mirror on the Wall, Who's the Biggest Rogue of All?», *Znet*, 07.08.03; <http://www.globalpolicy.org/empire/analysis/2003/0807bigrogue.htm>.
- ECO, Umberto; COLOMBO, Furio; ALBERONI, Francesco; y SACCO, Giuseppe (1973): *La nueva Edad Media*. Alianza.
- EHRlich, Paul R. y EHRlich, Anne H. (1990): *The population explosion*. Simon & Schuster.
- ELDREDGE, Niels (2001): *La vida en la cuerda floja*. Tusquets.
- ENGEL, Jean-Marie (1978): *El imperio romano*. Oikos-Tau.
- FALK, Robert (2002): «Iraq, the United States and International Law: Beyond the Sanctions», *The Transnational Foundation for Peace and Future Research*, 27.08.2002; [http://www.transnational.org/forum/meet/2002/Falk\\_IraqUSinternationalLaw.html](http://www.transnational.org/forum/meet/2002/Falk_IraqUSinternationalLaw.html).
- FEINMANN, José Pablo (2003): «La única deuda de América Latina», *Opinión alternativa*, 04.07.03; <http://www.opinion-alternativa.org/deudaal.htm>.
- FOSTER, John Bellamy (2003a): «Imperial America and War», *Monthly Review*, mayo; <http://www.globalpolicy.org/empire/analysis/2003/05imperial.htm>.
- FOSTER, John Bellamy (2003b): «The New Age of Imperialism», *Monthly Review*, julio-agosto; <http://www.globalpolicy.org/empire/analysis/2003/0813newage.htm> (trad. esp. en *Globalización*, 9/2003; <http://www.rcci.net/globalizacion/2003/fg370.htm>).

- GALTUNG, Johan (1999): *Fundamentalismo USA. Fundamentos teológico-políticos de la política exterior estadounidense*. Icaria.
- GARCÍA MOSTAZO, Juan Ignacio (2002): *Libertad vigilada: el espionaje de las comunicaciones*. Ediciones B.
- GARCÍA MOSTAZO, Juan Ignacio (2004): «Echelon. La red espía global» *Libertad Digital*, 01/02/04. <http://www.libertaddigital.com/>.
- GEORGE, Susan (1999): *El informe Lugano*. Icaria-Intermón.
- GEORGE, Susan (2004): *Otro mundo es posible si...* Icaria-Intermón Oxfam.
- GERNET, Jacques (1991): *El mundo chino*. Crítica.
- GRÜNER, Eduardo (2002): *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*. Paidós.
- HARDT, Michael y NEGRI, Antonio (2000): *Imperio*. Paidós.
- Harris, Paul (2003): «La guerra de EE.UU. contra Europa» *YellowTimes.org*, 19.02.03; [http://www.anthroposmoderno.com/antro-articulo.php?id\\_articulo=323](http://www.anthroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=323).
- HART, Marjolein't C. (1995): «Desarrollos determinantes de la formación del Estado. Los cuatro temas cruciales del siglo xviii», *Política y sociedad* 18: 69-79.
- HIGGS, Robert (2003): «George Bush's Faith-based Foreign Policy», *Alternet.org*, 18.02.03; <http://www.alternet.org/story.html?StoryID=15207>.
- HIRSCHMANN, Albert O. (1970): *Exit, voice, and loyalty*. Harvard.
- HODGSON, Geoffrey M. (1993): *Economía y evolución*. Celeste ediciones.
- HOURLANI, Albert (2003): *La historia de los árabes*. Vergara.
- HUNTINGTON, Samuel P. (2004): *¿Quiénes somos? Los desafíos de la identidad nacional estadounidense*. Paidós.
- IRANZO, Juan M. (2002): «Una revolución tecnológica sin transformación social», en J.M.<sup>a</sup> García Blanco y Pablo Navarro (eds.) *¿Más allá de la modernidad?* CIS, pp. 549-576.
- JONES, E.L. (1981): *El milagro europeo*. Alianza.
- JONES, E.L. (1988): *Crecimiento recurrente*. Alianza.
- KEMP, Barry J. (1989): *El antiguo Egipto*. Crítica.
- KHOR, Martin (2003): *El Saqueo del conocimiento: propiedad intelectual, biodiversidad, tecnología y desarrollo sostenible*. Icaria-Intermón Oxfam.
- KLEIN, Naomi (2001): *No logo. El poder de las marcas*. Paidós.
- LAKOFF, Georges (1991): «Metaphor and War», <http://phylosophy.uoregon.edu/metaphor/lakoff-1.htm>.
- LEAKEY, Richard y LEWIN, Roger (1997): *La sexta extinción*. Anagrama.
- MANN, Michael (2003): *Incoherent Empire*. Verso.
- MÁS DE XÁXAS, Xavier (2003): *La sonrisa americana. Una meditación sobre el imperio americano*. Mondadori.
- MEADOWS, Dennis L. (1972): *Los límites del crecimiento*. F.C.E.
- MEADOWS, Donella H.; MEADOWS, Dennis L. y RANDERS, Jorgen (1991): *Más allá de los límites del crecimiento*. El País-Aguilar.
- MINC, Alain (1993): *La nueva Edad Media. El gran vacío ideológico*. Temas de Hoy.
- MOKYR, Joel (1990): *La palanca de la riqueza*. Alianza.
- MOORE, Michael (2003): *Estúpidos hombres blancos*. Ediciones B.
- MOORE, Michael (2004): *¿Qué han hecho con mi país, tío?* Ediciones B.
- MOYA, Carlos (2002): «La guerra santa y el teorema de Ibn Jaldun», *Revista Española de Sociología* 2: 7-13.
- NAÏR, Sami (2003): *El imperio frente a la diversidad del mundo*. Random House Mondadori.
- NARAYAN, Deepa y PETESCH, Patti (ed.) (2002): *La voz de los pobres (III): Desde muchas tierras*. Mundi-Prensa.
- NEGRI, Antonio (2003): «¿Cómo queda el Imperio después de la invasión en Irak?», *Globalización*, 9/2003. <http://www.rcci.net/globalizacion/2003/fg374.htm>.
- NICHOLAS, David (1992): *The evolution of the medieval world*. Longman.
- NORTH, Douglas C. (1981): *Estructura y cambio en la historia económica*. Alianza.
- PARFREY, Adam (2002): *Cultura del apocalipsis*. Valdemar.
- PASTOR, Manuel (1977): *Ensayo sobre la dictadura. Bonapartismo y Fascismo*. Tucarc.
- PÉREZ LAGARCHA, Antonio (2003): *El antiguo Egipto*. Acento.
- PNUD. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2003): *Informe sobre el desarrollo humano 2003. Los Objetivos de Desarrollo del Milenio: un pacto entre las naciones para eliminar la pobreza*. Ediciones Mundi-Prensa. <http://www.undp.org/hdr2003/espanol/>.
- POLANYI, Karl (1977): *El sustento del hombre*. Mondadori.
- POLANYI, Karl; ARENSBERG, C.M. y PEARSON (1957): *Comercio y Mercado en los imperios antiguos*. Labor.
- RAMOS, Laura (coor.) (2003): *El fracaso del Consenso de Washington. La caída de su mejor alumno: Argentina*. Icaria.

- RAMOS, Ramón (1995): «La formación histórica del Estado Nacional», en J. Benedicto y M.L. Morán (eds.) *Sociedad y política*, pp. 35-67. Alianza.
- RIFKIN, Jeremy (2000): *La era del acceso*. Paidós.
- RIFKIN, Jeremy (2002): *La economía del hidrógeno*. Paidós.
- RIVERO, Oswaldo de (2003): *Los Estados inviables*. Libros de la catarata.
- RUNCIMAN, W.G. (1989): *A treatise on social theory II*. Cambridge.
- SÁNCHEZ ESTELLÉS, Isis (2004): «El capitalismo imperio y la Teoría Crítica», *Nómadas* 9. <http://www.ucm.es/info/nomadas/9/isestelles.htm>.
- SARTORI, Giovanni y MAZZOLENI, Gianni (2003): *La Tierra explota. Población y subdesarrollo*. Taurus.
- SAWIN, Janet (2003): «Dibujando un futuro nuevo para la energía», en Worldwatch Institute, *La situación del mundo 2003*, pp. 165-204. Icaria-FUHEM.
- SAWIN, Janet (2004): «Decidirnos por unas mejores opciones energéticas», en Worldwatch Institute, *La situación del mundo 2004*, pp. 64-100. Icaria-FUHEM.
- SEBALD, W.G. (2003): *Sobre la historia natural de la destrucción*. Anagrama.
- SEBASTIÁN, Luis de (2003): *Razones para la esperanza*. Icaria.
- SHIVA, Vandana (2003): *¿Proteger o expoliar? Los derechos de propiedad intelectual*. Intermón Oxfam.
- SO, Alvin Y. (1990): *Social change and development*. Sage.
- SOROS, George (2004): *La burbuja de la supremacía norteamericana*. Debate.
- STIGLITZ, Joseph E. (2002): *El malestar de la globalización*. Taurus.
- STIGLITZ, Joseph E. (2004): *Los felices 90*. Paidós.
- STRANGE, Susan (1996): *La retirada del Estado*. Icaria-Intermón.
- TILLY, Charles (1990): *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*. Alianza.
- TODD, Emmanuel (2002): *Después del imperio. Ensayo sobre la descomposición del sistema norteamericano*. Foca.
- TORTOSA, José M<sup>a</sup> (2003): *La agenda hegemónica. La guerra continua*. Icaria.
- TRACY, James D. (ed.) (1990): *The rise of merchant empires*. Cambridge.
- TREADGOLD, Warren (2001): *Breve historia de Bizancio*. Paidós.
- TUDGE, Colin (1998): *Neandertales, bandidos y granjeros*. Crítica.
- VON WEISZÄCKER, Ernst Ulrich; LOVINS, L. Hunter y LOVINS, Amory B. (1997): *Factor 4*. Galaxia Gutenberg.
- WALBANK, F.W. (1969): *La pavorosa revolución*. Alianza.
- WALBANK, F.W. (1981): *The Hellenistic world*. Harvard.
- WALLERSTEIN, Immanuel (2003a): «Entering Global Anarchy» *New Left Review*, mayo-junio; <http://www.globalpolicy.org/empire/analysis/2003/0806wallerstein.htm>
- WALLERSTEIN, Immanuel (2003b): «US Weakness and the Struggle for Hegemony», *Monthly Review*, julio-agosto; <http://www.globalpolicy.org/empire/analysis/2003/0812hegemony.htm> (trad. esp. en *Globalización*, 8/2003; <http://www.rcci.net/globalization/2003/fg363.htm>).
- WIESEHÖFER, Josef (1999): *Antigua Persia*. Acento.
- WOOD, Ellen Meiksins (2003): *Empire of capital*. Verso.
- WORLDWATCH INSTITUTE (2004): *La situación del mundo, 2004*. FUHEM-Icaria.
- WUTHNOW, Robert (1989): *Communities of discourse*. Harvard.
- ZIEGLER, Jean (2003): *Los nuevos amos del mundo y aquellos que se les resisten*. Destino.

---

**When talk is a science...**



## **Linguistics & Language Behavior Abstracts**

*Comprehensive, cost-effective, timely coverage of  
current ideas in linguistics and language research*

Abstracts of articles, books, and conference papers  
from more than 1,100 journals plus citations of relevant  
dissertations as well as books and other media.

Available in print or electronically through CSA Illumina  
([www.csa.com](http://www.csa.com)).

*Contact [sales@csa.com](mailto:sales@csa.com) for trial Internet access or a  
sample issue.*



ILLUMINA

[www.csa.com](http://www.csa.com)

---